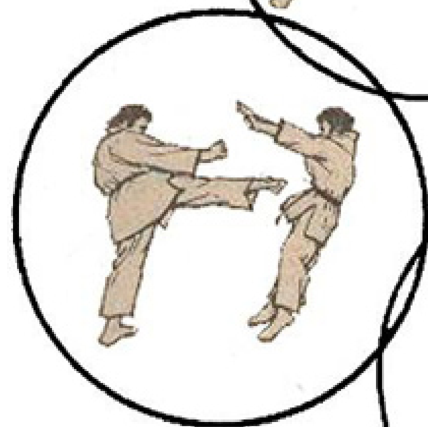
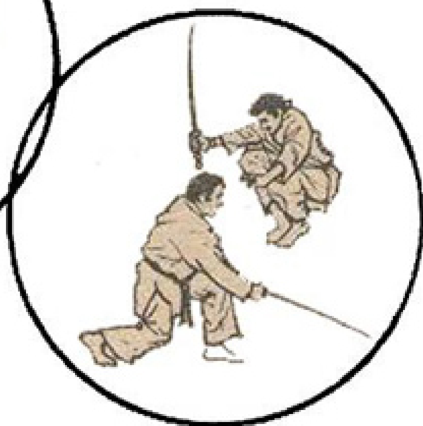


¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CURTIS GARLAND

AJEDREZ DE TERROR

COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

63 — Orquídea escarlata. — Clark Carradas.

64— Aquel que dominó el mundo. — Curtís Garland.

65— ¡Yo quiero money! — Ralph Barhy.

66— Sonata de amor y muerte. — Clark Carrados.

67— ¡Mójame, que me quemo! — Ralph Barby.

CURTIS GARLAND

AJEDREZ DE TERROR

Colección ¡KIAI! n.º 68

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 5.732 - 1978
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: abril, 1978

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la «SALA DE JUDO SHUDO-KAN»

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora la Mueva, 2. Barcelona (España)**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así cerno las situaciones de la misma,

son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Brugüera, S. A.
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1978

Capítulo Primero
A MUERTE

Era a muerte. Y lo sabía.

La lucha iba a comenzar. Enfrentaría a los dos hombres en un duelo que sólo podía tener un final: la destrucción de uno de ellos. La victoria del otro, a costa de la vida del enemigo. No había otra solución. Ni otra alternativa.

Los dos lo sabían en realidad. Quizá llamar «hombres» a ambos, era un poco aleatorio. De haber existido un testigo, uno solo de la increíble escena que iba a desarrollarse allí, a aquella altura, se hubiera resistido considerablemente a considerar, siquiera, como humano, a uno de ellos.

Ni el propio Frank Colé hubiese sido capaz de llamarle así. El, mejor que nadie en el mundo, sabía la clase de monstruo, de ser anormal e insólito, con el que iba a enfrentarse, en el duelo más terrorífico e increíble que se pudiera imaginar.

Es la única vez en su vida que hubiera querido que tal pugna no llegase a tener lugar. Pero no estaba en su mano evitarlo. Se había visto arrastrado a ella, y ahora tenía que luchar... o morir. Aun luchando, cabían muchas posibilidades de que el enfrentamiento terminara con su muerte.

Frank Colé jamás tuvo ante sí un rival semejante. Jamás se imaginó siquiera que algún día llegaría a este enfrentamiento increíble, realmente dantesco.

Y eso que durante toda su vida, había tenido frente a sí a luchadores realmente excepcionales. Sus jóvenes años no eran obstáculo para que, primero como simple alumno y practicante, en los *dojos* de Artes Marciales, tuviera ante sí a *budokas* expertos que, en noble lid, lucharon con él enseñándole los secretos de aquella ciencia a base de la gran lección que es siempre una derrota ante un enemigo superior.

Curtido en un clima donde ser Vencedor o vencido no importaba al orgullo de uno, y donde lo importante era respetar al contrario y admitir con humildad la derrota o la victoria, pasó luego a ser el actor cinematográfico que hiciera su fama en las inefables películas de aventuras rodadas en Hong Kong, a base de espectaculares batallas con enemigos muy superiores en fuerza y número. Los temas eran inverosímiles, e incluso a veces innecesariamente violentos, sobre todo para la mentalidad de un auténtico *budoka,* pero esto era un oficio como otro cualquiera, y Frank Colé, el alto, atlético y rubio norteamericano de ojos grises como el acero y figura musculosa, elástica y ágil como la de un puma, se ganó su popularidad de actor y de luchador en la pantalla cinematográfica.

Más tarde, ocurrió lo que cambiaría trascendentalmente su vida, y marcaría para siempre su destino y el de otras dos personas con las que, hasta entonces, jamás tuviera relación alguna. Dos seres tan diferentes a él como podían serlo un joven chino, evadido de un legendario lugar del interior de China, donde fuerzas oscuras y fanáticas le perseguían considerándole un

traidor a antiguas y siniestras doctrinas, y una bella mulata, de piel color canela, pelo rizoso y cuerpo escultural, hundida en los bajos fondos de San Francisco, perseguida por la policía.

Aquellos dos inesperados camaradas, luchadores corno él, formaron a partir de aquel dramático encuentro de sus destinos, en lucha contra un oscuro y diabólico criminal, la que sería más famosa agrupación mundial de *budokas,* al servicio de la justicia, la solidaridad humana y la ayuda al débil. Todos los más nobles principios de las Artes Marciales, puestas a disposición de los oprimidos y de los perseguidos. Una vasta fortuna obtenida en el interior de China en aquella primera aventura suya, marcaría también sus posibilidades prácticamente infinitas, de dedicar esas vidas a tan noble propósito.

Así habían nacido Los Tres Dragones de Oro. Sobre la solapa de la chaqueta de Colé, sobre el suéter de Kwan Shang o la blusa que Lena Tiger, la hermosa mulata, ceñía sobre su cimbreante y provocativo torso, figuraban casi siempre los alfileres de oro representando a esos dragones, símbolo de su lucha, como lo fueran de su primera aventura [1].

Y ahora, sólo uno de los Tres Dragones, el solitario Frank Colé, tenía ante sí al más devastador y terrible de los enemigos.

Alguien a quien ni siquiera se le daba nombre humano, quizá porque sólo tenía de humano en su ser aquella criatura atroz y terrorífica que se movía ahora con engañosa pesadez hacia él, dispuesto al enfrentamiento definitivo.

Su enemigo se llamaba Triturador.

Y realmente, trituradora debía ser su presa sobre el enemigo, cuando lograse efectuarla. Aquello no era un hombre. No era un ser humano. Era una furia de la Naturaleza, donde toda la fuerza, toda la ferocidad y toda la violencia demencial parecían haberse dado cita.

El Triturador y Frank Colé estaban frente a frente. Dispuestos a luchar. Hasta el fin.

Y el fin era la muerte de uno de ellos.

De haber existido testigos de la siniestra lucha, nadie hubiese apostado una\ola moneda por el *budoka* norteamericano. Nadie le hubiera creído capaz de sobrevivir más allá de unos segundos a la devastadora furia de su enemigo mortal.

Porque... ¿quién es el luchador, el *budoka,* el ser humano, por experto que sea en una o cien formas de lucha, que puede enfrentarse con la más mínima posibilidad de éxito a., un ser gigantesco, deforme, de cráneo pelado, ovalado, de rostro monstruoso, a bultos, ojos estrechos y malignos... y, por manos, dos guanteletes de acero articulado.

Dos manos gigantescas, del doble del tamaño de una mano ordinaria varonil, enfundadas en metal laminado, con articulaciones. Diez dedos de auténtico acero, que crujían siniestramente al ser accionados por el monstruo.

Aquel luchador de pesadilla no tenía manos. En su lugar, los dos muñones, recuerdo de alguna espantosa mutilación, aparecían unidos a dos manos ortopédicas, de metal articulado, que accionaba por algún misterioso procedimiento, como si fuesen propias.

De súbito, el monstruo emitió un gruñido ronco, animal. Era la única clase de sonidos que era capaz de emitir aquella mole de huesos, músculos, vello y zarpas aceradas... porque otra mutilación le había despojado de su lengua tiempo atrás.

Luego, sus manoplas de acero volaron en busca de su víctima. Frank Colé trató de evitar el primer impacto de su aterrador enemigo.

No pudo lograrlo.

El manotazo de metal alcanzó a Frank. Y detrás de éste, un abismo de muchos cientos de pies de altura, esperó su caída mortal.

---

(1) Véase el primer episodio de estos personajes, dentro de la serie ¡KIAI!, titulado Tres Dragones de Oro.

* * *

Frank notó correr la sangre por su rostro.

Se tambaleó, junto a la orilla del precipicio. Un paisaje fantástico y estremecedor les rodeaba. Altas cumbres nevadas, simas insondables, riscos inaccesibles y picachos blancos, de eternas nieves, sobre los que la bruma y las nubes formaban caprichosas formas. Un viento helado silbaba en torno, hasta alejarse, perdiéndose en los ventisqueros y glaciares del Himalaya.

También a espaldas del gigante monstruoso, se abría otra cima profunda, entre dos farallones cortados a pico, sobre los que el hielo formaba paredes tersas, azuladas, de gélido cristal.

En tan sorprendente y hermoso escenario, dos seres luchaban por la vida. Un hombre y una bestia loca y feroz, movida por una mente enloquecida, casi inhumana.

Frank permaneció al borde de aquella plataforma natural, en las cumbres tibetanas, durante unas décimas de segundo que le parecieron una eternidad, oscilando sobre sus pies, mientras, la sangre, brotaba del profundo corte que la mano de metal hiciera en su pómulo.

No había podido evitar que ello sucediera, que la temible mano de metal hiciera blanco en su rostro, hiriéndole. Pero sí le había sido posible, cuando menos, impedir que aquel impacto alcanzase de lleno su *Cho-To* o entrecejo, un *atemi* o punto vital que hubiera resultado de necesidad.

El monstruo volvía a la carga. Agazapado, aunque ello no importaba demasiado, dada la estatura, de aproximadamente siete pies, de aquel coloso demoníaco [1]. Aun agachado, era bastante más alto que él. Y tres, veces más corpulento. Además, ya movía de nuevo los brazos, en busca de un nuevo golpe más decisivo.

Lo peor de todo, es que aquella fiera humana tenía nociones amplias de ***karate.*** Y eso le hacía doblemente peligroso.

En aquel paraje desolado, de las alturas del Himalaya, a muchos cientos de pies sobre el terreno firme más próximo, en lo alto de la cumbre de reducida cima, los dos seres en pugna eran como dos diminutos puntos vivientes, perdidos en la inmensa blancura abrupta, en la grandiosidad indescriptible de un panorama donde ellos resultaban casi insignificantes.

Pero vistas las cosas de cerca, el Triturador no era insignificante, ni mucho menos. Su anormal cerebro movía aquel manojo de músculos, rematados en manos de acero, con una pesadez efectiva y demoledora.

Frank estudiaba a su enemigo, esperando el nuevo golpe, sin atreverse él mismo a lanzarse sobre tan terrible rival, sin estar demasiado seguro de la eficacia y precisión de su golpe.

Los movimientos de ambos luchadores eran forzosamente limitados. No más de cuatro metros cuadrados, era la especie de cuadrilátero fantástico

que, allá junto a las nubes, en la cumbre del mundo, les enfrentaba en duelo singular.

---

(1) Aproximadamente dos metros diez centímetros.

Rugió de nuevo la garganta ronca del Triturador, y esta vez proyectó de modo inesperado una de sus piernas, en un súbito y relampagueante *Mae-Geri-Jodan,* que buscó las ingles de Colé.

Este tuvo el tiempo justo de evitarlo, yéndose a un lado, pero sin duda su enemigo, mucho más duro, astuto y rápido de lo que su apariencia física permitía imaginar, reaccionó con una celeridad pasmosa, en un doble y estudiado ataque.

Porque antes de que Frank pudiera recuperar la iniciativa o ponerse en guardia para otro ataque, ya el coloso lanzaba su mano derecha abierta, en forma de sable o *shuto,* recta hacia la garganta de Colé.

Nunca como ahora, un golpe en forma de sable lo fue tan real y tan efectivo, ya que la mano del luchador era de algo más que de huesos, cartílagos, músculos y piel. Por vez primera, el *shuto* o «mano en forma de sable»... era realmente algo así como un sable, puesto que los rígidos dedos eran de metal.

Colé trató de evitar el desastre, pero no le fue posible. Sintió el terrible impacto de aquella mano inhumana en su cuello. Sólo que había girado lo suficiente su cuerpo y cabeza, para que el mazazo crujiente, que sacudió su cabeza toda y le hizo sentir que el paisaje nevado daba vueltas en tomo suyo, fuese a darle lateralmente, sobre los tensados músculos del cuello, junto al hombre, donde amortiguó en parte el impacto.

Pero no lo suficiente. Sintió que sus pies perdían contacto con el suelo. Y supo que estaba lanzado al vacío, a muchos cientos de pies de profundidad, en un sallo mortal sobre mil agujas de endurecido hielo y abruptas piedras heladas.

Por una décima de segundo, flotó en el vacío, iniciando la caída mortal. El coloso se asentaba firme sobre sus poderosas piernas, como columnas gigantescas y recias, seguro de su triunfo ya. Incluso comenzó a emitir un berrido bronco de entusiasmo, y los malignos ojillos brillaron cruelmente.

Pero Frank Colé no llegó a consumar su caída vertiginosa. En vez de ello, sus brazos extendiéronse, aferrando los dedos rabiosa, desesperadamente, las rocas del borde del abismo.

Y allí quedó colgando.

Suspendido del vacío; sus piernas y cuerpo en el aire, sus dedos hincados en dos grietas de la piedra, entre dura nieve que hacía resbalar lentamente sus dedos crispados.

El monstruo se dio inmediata cuenta de lo que sucedía. Y avanzó resueltamente sobre su enemigo. Sus enormes pies se movieron hacia Colé con rabia. Iba a pisotearle despiadadamente las manos, haciéndole que las desprendiera de allí, para caer. El rostro siniestro, rematado por la bola de billar de su pelado cráneo, se aproximó al borde, contemplándole malignamente.

Frank vio venir el corpachón, cuando los dos pies se proyectaron hacia

adelante, para machacarle las manos, en un movimiento de *Tobi-Keri,* o salto hacia adelante, en proyección de ambos pies. Sólo que en vez de dirigirlos al pecho del enemigo iban enfilados a las dos manos desesperadamente aferradas a la roca, a la propia vida.

Cole actuó, entonces, para sorpresa del coloso de manos de acero. Flexionó su cuerpo, cuando va el cuerpo del Triturador se elevaba en suspensión, para proyectarse luego hacia adelante.

Rápido, describió una increíble voltereta sobre sí mismo, una acrobacia circense, como un avión rizando el rizo, pero que efectuado por un cuerpo humano, en tan precario espacio de terreno para aterrizar, y en aquellas alturas escalofriantes, tenía mucho de suicida, de reto a la misma Muerte.

Pero ¿qué otra cosa hubiera sido permanecer quieto, esperar a que el gigante asesino martillease sus manos con ambos pies, lanzándole hacia las profundidades de los riscos tibetanos?

Sorprendentemente, ágilmente, el cuerpo de Frank Colé cayó flexionado sobre sus rodillas... a espaldas del Triturador.

Los pies de éste hallaron solamente vacío y la nieve, que se desprendió de entre las rocas donde hasta entonces se aferrase a la desesperada el joven *budoka* americano.

Con un largo gruñido colérico, se revolvió hacia donde cayera Frank, siempre manteniendo el equilibrio gracias a su propia solidez física y al tamaño realmente monstruoso de sus grandes pies. Las manos de acero se alzaron, despidiendo un frío brillo al recibir la luz reflejada por las nieves eternas.

Los dos enemigos se quedaron mirando larga, fijamente, con sus cuerpos tensos y a punto de dispararse como movidos por una oculta serie de resortes. El coloso empezaba a sentirse irritado. Para él, vencer al adversario había sido en todo momento algo fuera de la más mínima duda. Incluso esperaba una victoria rápida y demoledora, como debían ser todas las suyas.

Sin embargo, Frank Colé continuaba allí. Erguido en la plataforma montañosa, rodeado de abismo por doquier. Frente a él. Resistiéndose a ser vencido y arrojado a las simas heladas.

—*¡KIAI!*

Fue un grito súbito, penetrante, que surgía al parecer de todas las fibras y todos, los poros de Colé. Como si su cuerpo todo estallara en un grito concentrado, una voz potente, sobrecogedora, capaz de amedrentar y galvanizar al enemigo más poderoso.

El gigante pestañeó, estremecido por el impacto de aquella voz que era el clamor de concentración y energía vital de un hombre, tanto física como psíquicamente entregado en aquel sonido que era más que una palabra, infinitamente más que una simple exclamación.

Luego, el cuerpo elástico de Frank Colé voló por los aires, como si estuviese dotado de invisibles alas, sin temor al reducido espacio en el cual podía poner sus pies.

Al saltar hacia el Triturador, éste emitió un gruñido ronco, y alzó sus terroríficas manos de metal, dispuesto a presentarlas como muralla y freno contra el ataque del rubio *budoka.*

Lógicamente, Colé tenía que estrellarse en aquel muro de contención, lanzado por la propia fuerza e impulso de su ofensiva. Pero su enemigo no había pensado en la rara habilidad; en la fulgurante capacidad de reflejos de aquel luchador que tenía ante sí.

Por ello, sorprendido, notó que sus garras de acero se perdían en el aire, sin encontrar cuerpo sólido alguno. Y, por el contrario, Colé, ya en el aire, en una suspensión inverosímil, rectificaba la posición de su cuerpo, de sus piernas y brazos para, en una especie de rara zambullida hacia el suelo, lograr introducir, fulminantemente, una de sus piernas y uno de sus brazos en la férrea guardia del gigantesco luchador loco.

Fue un doble impacto devastador. El Triturador lo acusó, aunque no llegó a desmoronarse, aniquilado como lo hubiera sido cualquier otro enemigo normal. Pero el doble ataque de Frank, a base de un combinado y terrible *Bari-Bari-Jodan,* de sus dos puños, uno dirigido al brazo del enemigo, y otro al plexo solar o *Kyo-Sen* del gigante (el *Bari-Bari-Jodan* no era sino el juego simultáneo de dos *Ole-Tsuki-Jodan,* o golpes de puño derecho e izquierdo), así como el impacto en *Yoko-Geri-Jodan* del pie derecho, incrustándose bajo los brazos temibles del Triturador, hasta alcanzar su flanco o *Inazuma,* resultó realmente devastador.

El monstruo rugió sordamente, tambaleándose, ciego de ira, encogido por un dolor que no podía ocultar, pese a su fortaleza sobrehumana. Emitiendo entonces un berrido siniestro, se precipitó sobre Colé cuando éste, caído de rodillas, se recuperaba de su vertiginoso ataque, para ponerse de nuevo en guardia.

Colé, ante la prontitud de la reacción de tan formidable adversario, tuvo que improvisar para eludir el ataque, fintando del único posible: se arrojó de bruces al suelo, sobre la helada roca de la cumbre.

Y sucedió lo que había podido prever, pero que fue providencial en la marcha de tan dura y desigual pugna. La potencia física, el ímpetu del rabioso luchador, le hizo sobrepasar las dimensiones reducidas del escalofriante *ning* donde batallaban.

Así, El Triturador, súbitamente, con una especie de rugido bestial, se vio proyectado al vacío, agitando estérilmente sus gigantescas manos de acero articulado, para ir a descender, dando tumbos estremecedores, hacia una profunda, oscura sima, en cuyo fondo se helaban los muros en fingidas paredes de cristal eterno. Frank Colé se asomó al borde, sobrecogido. La gélida ventisca agitó su rubia melena, y azotó su rostro y manos con glaciares trallazos. Descubrió, allá al fondo, rebotando de roca a roca y de bloque en

bloque de hielo, el corpachón temible. Un reguero cíe sangre iba quedando a su paso, mientras se perdía en la distancia, con su cráneo destrozado, sus manos desprendiéndose en piezas de metal, ya inútiles, como las de un *robot* pulverizado para siempre.

Finalmente, una hendidura, en el ventisquero, engullo su cadáver, con un sordo sonido distante. La calma y el silencio más absolutos volvieron al paraje tibe taño. Solo el aullido constante del viento, acompañó a Frank | , Colé en la soledad victoriosa de su situación, allá en el p. altísimo e improvisado *tatami* de roca v hielo, en la cima de la montaña nevada. ,

El duelo a muerte con el monstruo había terminado.

Y la victoria final, con la vida como premio, había sido para quien menos se podía imaginar. Para el más débil en, apariencia. Para el que parecía vencido de antemano.

Capítulo II
MISTERIO TIBETANO

—Ha librado a nuestro pueblo de un verdadero azote —suspiró el Lama apaciblemente, clavando sus almendrados ojos en el alto y rubio extranjero—. Ese monstruo humano tenía aterrorizadas a las buenas gentes de la comarca. Era como un ser de otro mundo, como una deidad maligna, para muchos.

—Probablemente, creo que nunca sabremos «qué» fue realmente —dijo Frank Colé, pensativo, mirando a las cumbres nevadas, a través de la ventana en el sobrio, espartano despacho del Lama, en su templo de Gyangtsé—. Le llamaban algunos el Triturador, y realmente lo era. Pero no entiendo cómo pudo alguien aplicarle manos metálicas, con autonomía para cualquier acción, sobre unos simples muñones... y cómo esa especie de monstruo tenía agilidad y rapidez mental para luchar de ese modo... ¿Nadie sabe de dónde salió?

—No, nadie —negó el Lama, inclinando la cabeza—. Se dice que hay alguien en las montañas, un brujo o un dios maligno, según las opiniones de las gentes sencillas y, por lo general, supersticiosas. Pero nadie ha comprobado nunca que realmente exista tal ser, y menos aún que pueda vivir en esas cumbres eternamente nevadas. Desde que las tropas chinas invadieron nuestros territorios, es cierto que nosotros, los Lamas, tenemos menos contacto con nuestro pueblo, gracias a unas medidas represivas contra nuestra religión, pero aun así, me es dado oír peregrinas versiones de esa leyenda o mito, en las que incluso se llega a asegurar que hay un palacio de hielo perdido en las cumbres, donde ese ser fantástico se aloja y vive al margen del mundo, en una existencia fantasmal e inexplicable. Por supuesto, no puedo creer tal cosa, pero hay versiones de que el monstruo de manos de metal vino de allí, precisamente... De las regiones inexploradas donde dicen que mora el brujo...

La mano larga, huesuda y cetrina del Lama, emergió de las anchas mangas de su túnica, para señalar, .con dedos flacos y serenos hacia una blanca distancia, perdida entre las nubes, como un mundo de pura quimera y de leyendas imposibles.

Frank contempló la lejanía, como si fuera posible llegar más allá de lo visible y descubrir el remoto punto que señalaba la mano enjuta del religioso tibetano. Naturalmente, no vio sino nubes, brumas, nieves y rocas que brillaban con la pátina azulina de los hielos eternos.

—Tal vez sea cierto, tal vez no —suspiró, moviendo la cabeza con lentitud. Miró luego a las dos personas que, aún con aire fatigado, permanecían acomodadas en dos asientos de pieles de la desnuda y sobria cámara cuadrangular donde se hallaban con el monje budista de la pequeña localidad tibetana, perdida entre las altitudes nevadas, lejos de las rutas de la civilización occidental, en riscos y vericuetos adonde ni siquiera la invasión militar china había podido llegar con auténtica eficacia.

El coronel Stuart Cavanaugh y su hermana, Melissa, seguían aún como si estuvieran bajo los efectos de un trauma difícil de superar. El recuerdo de las jornadas de cautiverio en poder del coloso de las manos de acero, permanecía sin duda alguna muy vivo en sus mentes. Fueron escasos días, viajando a través del Himalaya, durmiendo en grutas que sólo el Triturador conocía, o siguiendo a éste, ligados a sus poderosos brazos musculosos de titán invencible, por rutas angostas, entre farallones de hielo y abismos insondables, en un constante desafío al peligro y a la muerte.

Ahora, liberados de su captor, parecían no creerlo posible aún. Como si la libertad y la vida, lejos de la influencia de aquel ser monstruoso, fuese una dicha demasiado grande para darle crédito. Como si la sombra de una amenaza oscura, sombría y lejana, pero terriblemente próxima a ellos en todo instante, no pudiera ser arrancada de allí con facilidad.

—Ustedes dos fueron las víctimas más inmediatas de ese ser —comentó Colé con voz calmosa—. ¿Qué sienten en estos momentos, coronel?

El retirado militar inglés meneó la cabeza, clavando sus azules ojos en Frank.

—No lo sé, la verdad —confesó con un suspiro—. Todo aquello me parecía entonces tan increíble... Mi hermana Melissa y yo, secuestrados en Katmandú por un ser monstruoso que nos condujo inexplicablemente a su oculta madriguera de las cumbres... Ahora, estar vivo y libre es lo que no paso a creer. Aunque el monstruo se comportaba bien con nosotros, era todo tan terrible, tan inquietante... Como si nunca pudiéramos liberarnos, volver a la vida, a nuestro mundo...

—Y todo ha sido posible gracias a usted, Colé —musitó Melissa Cavanaugh, con voz cálida, tierna su mirada celeste al contemplar a su salvador—. No sé cómo agradecerle...

—No lo haga —sonrió Frank Colé con simpatía—. Es mejor así. Tenga en cuenta que usted y su hermano, el coronel, son dos personas encantadoras, a quienes conocí en Katmandú, en el hotel Nepal, y con quienes inicié una cordial amistad. Luego, desaparecieron ustedes dos. Obtuve algunas pistas, las seguí, y terminé por dar con ustedes.

—Relatado así, suena tan simple... —el coronel Cavanaugh se incorporó, acercándose a aquella angosta ventana de la vivienda tibetana del Lama, abierta a la espectacular panorámica de las más altas cumbres de la Tierra—. Pero la realidad dista mucho de ser como usted dijo, Colé. Encontrarnos en este laberinto de hielos y de nieves era un auténtico problema. Liberarnos luego del dominio de ese ser de pesadilla, algo totalmente inconcebible antes de producirse. Cada vez que recuerdo la lucha que tuvo que afrontar para ello... Sólo podíamos oír sus gruñidos, el golpeteo de sus cuerpos sobre la cima, desde la cueva donde él nos había encerrado, atados e incapaces de ayudarle, reducidos a la impotencia en aquel agujero helado... esperando lo peor.

—Pero sucedió lo mejor —dijo impulsivamente Melissa Cavanaugh,

incorporándose también y yendo hasta Frank, cuyo brazo tomó con fuerza—. Nunca podré olvidarlo. Es el hombre más maravilloso que he conocido...

Y se colgó de su cuello, acercando sus húmedos labios a los de Frank, que la sintió apretándose contra su cuerpo, hasta el punto de que los juveniles senos se aplastaban en su torso, y el cuerpo de la joven se adhería al suyo, en un abrazo cálido. El beso en la boca se hizo prolongado y ardiente.

—Muy bonito —dijo una voz fría, desde alguna parte—. Llego a este lugar perdido en el Himalaya, atendiendo a la información recibida por las autoridades de Nepal... para encontrarme con una hermosa escena romántica...

Melissa Cavanaugh se soltó de Frank, volviendo la cabeza. Colé enarcó las cejas y contempló a la recién llegada por encima del hombro. Se encontró con la fulgurante mirada de Lena Tiger, lija en él. La hermosa y broncínea mulata permanecía en jarras, las manos apoyadas en sus caderas de ánfora, los labios carnosos apretados, el erecto pecho adelantado belicosamente. Su modo de mirar a Frank era avieso. Pero no menos combativa fue la forma de clavar sus pupilas ardientes en la rubia, elegante y atractiva Melissa Cavanaugh, la hermana del coronel.

—¿Quién es usted? —preguntó con cierta actitud la joven inglesa.

—Una buena amiga de Frank Colé, el hombre a quien tan efusivamente besaba usted hace un momento, señorita —dijo con tono helado la mulata—. Llegué a Katmandú dos- días después de desaparecer ustedes dos... y también Frank. Me ha costado mucho llegar hasta aquí. El avión militar nepalí que nos ha conducido a Kwan Shang y a mí, tuvo dificultades para aterrizar cerca de Gyangtsé. Las nieves lo tienen todo invadido. Celebro encontrarte lleno de salud... y de entusiasmo, Frank.

El tono ostensiblemente sarcástico de ella no pareció impresionar a Colé. El joven *budoka* rubio se limitó a sonreír y desviar la mirada. Sabía lo que estaba sintiendo en ese momento Lena. Su apasionado, impetuoso temperamento, superaba muchas veces su autocontrol de luchadora habituada a la disciplina física y psíquica.

Y en momentos así, aparecían los celos de la mujer, ante la presencia de una posible rival que le ganara la batalla silenciosa por el corazón del hombre amado. Porque Lena amaba a Frank desde que le conociera en azarosas circunstancias, y él parecía corresponder a ese amor con un simple afecto, con una actitud de hombre atraído solamente por sus generosos y espléndidos atractivos físicos. Si realmente la amaba, lo di simuló siempre maravillosamente bien. O al menos, eso es lo que pensaba ella al respecto.

—Llegas a tiempo, Lena —habló al fin Colé con tono suave—, pero quizá un poco tarde, por fortuna para ti. Ya pasó todo. La señorita Cavanaugh y su hermano, el coronel, salvaron sus vidas de una difícil situación, y regresaremos todos a Katmandú en el próximo vuelo.

—Y supongo que serías tú quien les salvó de todo peligro —comentó Lena, irónica.

—Así fue —admitió Melissa Cavanaugh, mirando con cierta

belicosidad a su rival de piel oscura—. Frank Colé fue todo un héroe. Mi hermano y yo le debemos la vida. Luchó contra un poder terrible. Nunca olvidaré lo que hizo. Ni le olvidaré a él, por muchos años que viva.

—Lo supongo —había sarcasmo en la voz de Lena— Es lo que suele ocurrirle a toda mujer que conoce a Frank... y tiene que agradecerle algún favor.

—A él se le puede recordar aunque no haya hecho nada en favor de una —suspiró Melissa, su mirada azul fija con éxtasis en el rostro anguloso y firme del joven luchador—. Se lo aseguro, señorita Tiger... aunque quizá usted sepa eso mucho mejor que yo.

Lena no dijo nada. Sus labios carnosos hicieron un mohín de contrariedad, fulminó de reojo a Frank con otra mirada, y en ese momento entró en la estancia el joven de ojos almendrados y oscuro cabello lacio, Kwan Shang. El tercer miembro del grupo de jóvenes héroes de las Artes Marciales. Contempló con mirada aguda a las dos mujeres, y sonrió, contemplando luego a Frank, seguro de que estaba ocurriendo allí lo que él imaginaba.

—Sean todos bienvenidos al templo —dijo la voz serena del anciano Lama—. Todo el que sea amigo de quien supo vencer al espíritu del Mal, personificado en el Triturador, será bien recibido en esta casa.

—¿El Triturador? —pestañeó Kwan—. ¿Quién era?

—Ya os lo contaré en el viaje de regreso —comentó Frank, estremeciéndose aún al recordar al terrorífico luchador del Himalaya, el hombre simiesco y mudo, de las implacables manos de metal articulado—. Una pesadilla viviente que desapareció para siempre, afortunadamente.

Nadie preguntó ya nada más. El Lama, para demostrarles su hospitalidad, les ofreció su mesa y sus frugales pero sabrosos y reconfortantes alimentos. Cuando se despidieron del anciano y ascético monje tibetano, el frío glacial de las cumbres era más tolerable, y unos *sherpas* locales les condujeron por el angosto sendero que les llevaría de regreso a la civilización. Primero la cercana población, luego el aeropuerto... y finalmente, la capital nepalí, como primera etapa para la vuelta a casa. Desde Katmandú, un avión les conduciría a Hong Kong, para de allí emprender el vuelo directo a San Francisco de California.

Pero ninguno de los expedicionarios, ni los tres *budokas* ni sus actuales compañeros de viaje, los Cavanaugh, podían imaginarse en aquellos momentos en que la pesadilla parecía quedar definitivamente atrás, que estaban caminando inexorablemente hacia otra futura pesadilla infinitamente más peligrosa y enloquecedora, de la que no resultaría tan sencillo evadirse.

Una pesadilla que en realidad había comenzado ya, sin que ellos lo sospecharan, y en la que muy pronto se verían inmersos todos ellos.

Capítulo III
EL ALFIL ROTO

—Es un paquete para ti, Frank. Frank Colé miró distraídamente hacia Kwan Shang, que acababa de entrar en el *dojo* privado que los Dragones de Oro habían instalado en su residencia de San Francisco.

—¿Está comprobado? —indagó, sin dejar de practicar los habituales ejercicios respiratorios y gimnásticos que habitualmente efectuaba antes de practicar un poco de lucha con sus compañeros, en especial determinadas *katas* que exigían una gran concentración y agilidad.

—Por supuesto. Se ha pasado por detector y por rayos X. No contiene nada peligroso. De otro modo, no hubiera entrado aquí.

Frank asintió con la cabeza. Eran precauciones inevitables. Desde que empezaran a hacerse demasiado conocidos como auténticos deshacedores de entuertos, era preferible adoptar toda clase de medidas preventivas. Existían personas capaces de aniquilarlos. Unas, por venganza personal. Otras, para evitar que ellos pudiesen ayudar a quienes lo necesitaran. Incluso existían maníacos o enfermos que no dudarían en hacerse notables a costa de la vida de tres personajes tan conocidos como ellos.

—¿Quién trajo el paquete? —siguió interesándose, sin detenerse en sus ejercicios.

—Un recadero de agencia. Es personal. Firmé en tu nombre, pero tuve que mostrar un documento de identidad tuyo. El envoltorio también indica que es estrictamente personal.

—Imagino que también comprobarías si puede contener alguna sustancia tóxica.

—Sí, también. Lo pasé por el laboratorio. El interior se analizó minuciosamente sin necesidad de ser abierto. No hay nada tóxico ni venenoso en su interior. Solamente... cuatro piezas de ajedrez.

—Cuatro ¿qué? —se sorprendió Colé, dejando por primera vez de practicar sus ejercicios.

—Oíste bien, piezas de ajedrez. Las examiné a través de la imagen de rayos X. No eran demasiado visibles, porque por supuesto, no son metálicas. Pero sí de de materiales nobles, según el análisis espectrográfico. Hay tres piezas blancas. Marfil puro. Y una negra. De ónix. Curiosamente, esta última pieza, aparece rota, partida en dos. Curioso, ¿no? Viene envuelto todo ello en espuma de nylon. Y parece traer una cartulina o tarjetón. Nada más, Frank.

—Ya —Colé tenía arrugado su ceño. Actuaba meca nicamente sobre el *tatami*—. ¿El remitente?

—Sólo dos iníciales: B. K. Sin domicilio alguno.

Colé contemplaba el paquete, depositado por su compañero Kwan encima de un soporte inmediato al *tatami.* El joven chino habíase despojado ya de sus ropas, tomando las de entrenamiento, livianas y holgadas. Se rodeó con su cinturón que no tenía color alguno determinado. En el *kung-fu* no había

Cinturones o *Dan.* Nada. Sólo la experiencia, la capacidad de lucha, los conocimientos. En esa disciplina china, él era un coloso. Pero no tenía grado determinado, porque no existía.

—¿Y Lena? —preguntó por fin, tras una pausa, mientras Kwan Shang se concentraba, de rodillas en el *tatami,* antes de entrar en acción para entrenarse junto con su compañero.

—Ahora vendrá —suspiró el joven chino—. Ya sabes lo que son las mujeres, incluso las luchadoras. Tardó algo más de lo habitual, por ir a comprar algo por ahí...

Colé sonrió, asintiendo. Momentos más tarde, cuando ellos practicaban ya determinadas *katas* y movimientos de *kung-fu* —en realidad todos los componentes del grupo procuraban saber algo de las disciplinas de sus camaradas—, apareció la figura elástica y felina de Lena Tiger.

—Llegas tarde —avisó Frank.

—Ya lo sé —asintió ella, dirigiendo una ojeada distraída al paquete —. Mis excusas. Toda la culpa la tuvo ese viejo mercader chino, Thai-Hong. Quería venderme a toda costa un precioso juego de ajedrez de origen asiático, una verdadera maravilla, con piezas de ónix y marfil para las negras y blancas, respectivamente, sobre tablero de iguales materiales y mesa de alabastro.

—¿Un ajedrez? —Colé dejó de nuevo de practicar. Cambió una mirada rápida con Kwan. Luego, se volvió a Lena—. ¿Por qué, precisamente, quería venderte eso, Lena? ¿Qué le dio al viejo comerciante para intentar colocarte esa mercancía? A ti no te gustan las antigüedades orientales, que yo sepa.

—Ya se lo dije —rió ella suavemente—. Pero según Thai-Hong, un caballero asiático, un hindú de aspecto majestuoso, le había vendido ese ajedrez hoy mismo, recomendándole que si lo vendía, lo hiciese a alguien que pudiera a su vez regalarlo a alguien que gustara de coleccionar cosas así, o para decorar una casa con motivos del Oriente.

—Es curioso. Todo el mundo en San Francisco, al menos todos los comerciantes de Chinatown, deben saber que *a mí* me gusta decorar así nuestra casa —comentó Colé, arrugando el ceño.

—Bien, ¿y qué? —se encogió de hombros Lena, dejando caer con total naturalidad sus ligeras ropas al suelo, tanto su camisa como su pantalón tejano de dril ceñido, y dejando semidesnudo su hermoso cuerpo broncíneo, qué sólo ofrecía la cobertura de una breve tanga blanca. El resto, una estatua de color metal oscuro, musculosa pero femenina, poderosa pero esbelta, elástica y cimbreante, era una desnudez turbadora, de matices casi dorados, desde el largo cuello hasta las largas piernas de delgada pantorrilla y firmes muslos.

—No; nada tal vez —comentó Frank, pensativo—. Pero no deja de resultar extraña la coincidencia.

—¿Qué coincidencia? —se interesó ella, cubriéndose con unas prendas blancas y livianas, que envolvieron sus formas agresivas. Era séptimo *Dan* de *aikido,* y una experta en *tae-kwon-do.* Una luchadora temible, por todos

conceptos.

Saltó al *tatami* mientras respondía calmosamente Kwan Shang:

—Frank ha recibido ese paquete hoy. El análisis espectrográfico ha revelado que contiene unas figuras de ajedrez de ónix y de marfil...

Lena pestañeó, sorprendida. Miró de nuevo hacia el envoltorio misterioso. Después, recordó vagamente:

—Thai-Hong vendía muy barato el ajedrez. Decía que también lo había adquirido barato, pero a condición de que lo vendiese a buen precio y no quisiera ganar demasiado con él.

—¿Eso le dijo el vendedor de la pieza? —se extrañó Kwan.

—Sí, eso le dijo. Extraño vendedor, ¿verdad? —Muy extraño —asintió Colé, profundamente intrigado.

Pese a ello, tuvo la fuerza de voluntad de no desenvolver el regalo. Su disciplina era rígida. No anteponía jamás asunto alguno, a menos que fuese de vida o muerte, a sus diarias prácticas de lucha y ejercicios. El perfecto sometimiento a unas reglas y unas normas; esa autodisciplina que se imponían ellos a sí mismos, era vital para conservar siempre la forma adecuada, para no relajarse a destiempo, para no perder la puesta a punto que su arriesgada tarea exigía en todo momento.

Lena Tiger era como ellos. Pero también era mujer. Y eso, nadie podía evitarlo. Frecuentemente, durante los ejercicios, dirigía miradas inquietas o curiosas al envoltorio. Una de las veces, eso le costó salir volando, cazada por una contrallave de Frank, precisamente en una de sus especialidades: el *tae-kwon-do,* o *karate volador.*

—*¡Kiai!* —había gritado Frank, al hacer fracasar un movimiento de *ap-cha-ki,* o patada frontal, derribando aparatosamente a Lena en el esponjoso *tatami* de lugar de entrenamiento.

Ella se quedó de espaldas, mirándole con cierto enfado. Luego, sonrió, y Frank se inclinó ante ella, ceremonioso, pero con gesto de reproche.

—Eso te ocurre por distraerte —avisó—. ¿En qué piensas?

—En el ajedrez —susurró ella, sincera—. Y en el paquete...

—Olvida ahora todo eso, Lena —avisó Colé—. Concéntrate.

—Está bien. No se repetirá.

Lo demostró sobradamente. Poco después, lograba ella cazar a Kwan Shang con un vigoroso ataque en *dol-liyo-cha-ki,* o *patada circular,* y a Frank casi lo derribó con un imprevisible y agilísimo *twimyo-bandae-dollyo-chagi o salto adelante,* con proyección hacia atrás de la pierna izquierda, cuyo talón descargó un seco impacto en el rubio *budoka.* Solamente la veloz parada del brazo derecho de Colé, en *U-hi-ude-uke,* frenando el golpe de talón de la joven mulata, impidió que ésta dejase fuera de combate a su camarada.

—Perfecto —jadeó Frank, sudoroso—. Mi enhorabuena, Lena. Eso te redime de tu descuido anterior.

—Tal vez pude hacerte daño —musitó ella—. Pero me disgustó el error. Perdona.

—Estás perdonada. El ímpetu es necesario siempre. No importa que practiquemos nosotros. Debemos imaginar siempre que estamos ante un adversario dispuesto a aprovecharse de nuestra debilidad, preciosa. Bien, terminó el entrenamiento.

—Yo practicaré algo más mientras os ducháis —señaló Lena—. Así compenso el retraso.

Kwan y Frank se fueron a las duchas. Cuando reaparecían, ya frescos y relajados, Lena abandonaba el *tatami,* despojándose de sus prendas blancas. La transpiración hacía brillar el bronce palpitante de sus formas con reflejos dorados. Pasó al lado de ambos, rozando intencionadamente el torso de Frank. Este sonrió, dándole un suave cachete en las nalgas.

—Coqueta —silabeó, risueño—. Termina pronto. Vamos a abrir ese paquete.

—Sabré dominar mi curiosidad —suspiró ella—. Hay que tener autocontrol, ¿no?

—Eres estupenda —rió Kwan de buen humor—. Ninguna mujer llegaría a tanto.

Lena desapareció en las duchas. El agua corrió sobre su carne desnuda, mientras Frank desenvolvía calmosamente el envoltorio, tras comprobar que sus señas y nombre estaban correctamente escritos con rotulador negro, en trazos regulares y perfectos. El remitente, como dijera Kwan, sólo dos iníciales: B. K.

Resultó contener lo que dijera Kwan. Un envoltorio de espuma de nylon, para preservar el contenido en sí mismo. Este se reducía a cuatro piezas de ajedrez y un tarjetón amarillo.

Kwan señaló las piezas.

—¿Ves? La pieza negra está rota. Y es de ónix. Una maravillosa talla, ¿no?

Frank asintió, enarcado las cejas. Eran cuatro tallas increíbles. Sin duda hechas a mano, talladas por un artesano sutil y minucioso. Tres piezas de marfil: un alfil, una dama y un rey. Y una sola pieza negra, la de ónix. Rota por la mitad, partida en dos trozos. Otro alfil.

—¡Mira *eso!* —exclamó de repente Kwan—. ¿Has visto *las caras* de esas tres piezas de marfil?

Frank Colé se había quedado serio, ceñudo. Asintió con la cabeza, sin decir palabra. Luego, tomó el tarjetón amarillo, que aparecía escrito con iguales caracteres negros y correctos que el envoltorio, escritos con rotulador.

El texto era incoherente, en apariencia:

> «Jugaron las blancas. Cayó el alfil negro. Ahora siguen jugando las negras. Caerán los peones blancos. B. K.»

Le entregó el tarjetón a Kwan Shang, que lo leyó atentamente. Levantó sus almendrados ojos hacia Frank. Ambos mostraban igual perplejidad y

excitación en sus pupilas.

—No tiene sentido... —murmuró Kwan—. ¿Qué puede significar?

—Creo adivinarlo en parte —musitó Frank, volviendo a examinar, muy de cerca, las tres piezas de ajedrez talladas en marfil. Luego, tomó los dos fragmentos de la pieza de ónix. La estudió. Lanzó una imprecación ronca. Kwan le miró.

—¿Qué sucede, Frank? —se interesó.

Colé no respondió tampoco ahora. Estaba meditando, con una extraña luz en el fondo de sus ojos. En ese momento, Lena, sin poder contener su curiosidad, semidesnuda aún, envueltas en una toalla amplia las formas de su cuerpo, brillando las gotas de agua sobre el canela suave de su piel, se aproximó a ellos.

—Vamos, vamos —exigió de buen humor—. ¿Qué ocurre aquí? ¿Puedo saber lo que había en ese envoltorio y por qué te lo enviaron, Frank? Ardo en impaciencia por saberlo, créame.

Enmudeció, un poco desorientada al ver las expresiones de sus dos amigos. Kwan, en silencio, le tendió el tarjetón del enigmático mensaje. Ella lo leyó en silencio también, y luego miró a sus camaradas, perpleja.

—No tengo ni idea —manifestó lealmente—. ¿Qué significa todo esto?

—Sabemos tanto como tú —admitió Kwan Shang, pensativo—. ¿Tú qué dices, Frank?

Colé les miró. Luego, puso las piezas en manos de Lena, que estudió aquellas tallas afiligranadas y maravillosas, en marfil delicado.

—Son el rey, la dama y el alfil de un juego de ajedrez —explicó Colé—. Esa otra pieza, es el alfil negro. Y está roto. ¿Sabes por qué? Porque ya no está en la partida. Fue eliminado de ella. Mira su rostro, su figura. ¿Entiendes ahora?

Lena se fijó atentamente en el rostro y figura de la pieza de ónix. El alfil negro tenía unas sorprendentes facciones: un cráneo calvo, un rostro horriblemente feo...

—Es el Triturador —dijo Colé sordamente—. Este alfil negro *era* el Triturador.

—Dios mío... —se estremeció Lena—. Y las tres piezas blancas...

—Mira bien sus rostros. Son inconfundibles.

Lena lo hizo. Lanzó una exclamación.

—Dios mío... —susurró—. Esas caras talladas en marfil... *son las nuestras,* Frank.

—Sí. Un buen artista quien las talló. Yo soy el Rey, Kwan es el Alfil... y tú la Dama o la Reina, como quieras llamarla...

—No... no lo entiendo.

—Yo tampoco, Lena. Pero me inquieta. Significa algo siniestro... sólo que aún no sé el qué, exactamente...

El teléfono supletorio del *dojo* emitió un leve zumbido. Kwan, sombrío, fue hacia él. Lo descolgó. Tenía que ser una llamada importante, para pasarla

al *dojo* privado, en horas de entrenamiento.

—¿Sí? —quiso saber.

—No se retire —sonó la voz de uno de los servidores de la casa—. Es del Departamento de Policía de San Francisco Una llamada urgente.

Kwan esperó. La inconfundible voz del teniente Dobkin sonó allá, en la distancia.

—¿Frank?

—No. Soy Kwan Shang. ¿Qué ocurre, teniente? Me dijeron que es algo urgente...

—Es *muy* urgente. ¿Pueden venir cuanto antes? Los tres.

—¿Tan importante es? ¿De qué se trata, teniente?

—De algo relacionado con ustedes. Muy grave. No dejen de venir. Les espero antes de media hora en mi despacho. No se entretengan en nada. Se trata de... de un feo asunto. Hay sangre por medio, Kwan... y un ajedrez misterioso. Es todo lo que puedo decirle.

—Creo que es suficiente, teniente Dobkin —se apresuró a decir Kwan —. Vamos en seguida.

Colgó. Le dijo a Colé lo que el teniente le había manifestado. Frank, sin vacilar un momento, se precipitó hacia la salida del *dojo*. Su rostro reflejaba raía tensión.

—Vamos, pronto —dijo—. Veamos qué sucede... —Y se llevó consigo las piezas de ajedrez y el tarjetón.

* * *

El automóvil de Frank Colé se detuvo frente al edificio del Departamento Central de Policía de la ciudad de San Francisco. Descendieron del mismo los tres camaradas, cruzando la acera con rapidez, y entrando en el edificio.

Se identificaron en la planta baja. .Eran bien conocidos por la policía local, pero siempre era preciso cubrir ciertos requisitos. Se les cacheó, se les facilitaron tarjetas de visitantes, que colgaron de sus solapas, y fueron autorizados a entrar en el recinto policial.

Momentos más tarde, eran anunciados al teniente Dobkin, que abrió la puerta de su despacho y les hizo entrar.

—Adelante, amigos míos —sonrió el oficial de Homicidios, con una sonrisa en su rostro oscuro. El policía de color estrechó la mano de cada uno de ellos, y cerró la puerta, invitándoles a sentarse—. Bien, muchachos. Es un placer verles por aquí.

—Hemos venido lo antes posible —explicó Kwan.

—¿Ah, sí? —Dobkin les contempló, enarcando las cejas—. Bien. Vosotros diréis a lo que habéis venido...

—¿Cómo? —saltó vivamente Kwan, mirando con estupor al policía—. ¿Y aún nos lo pregunta usted, teniente? Es *usted* quien nos ha

pedido que viniéramos, ¿ya no lo recuerda? El asunto era muy urgente, usted mismo lo dijo...

—Un momento —cortó Dobkin—. ¿A qué te refieres, Kwan?

—A la llamada que nos ha hecho aún no hace veinte minutos, a ese asunto del ajedrez, tan urgente y serio. Incluso dijo que... que había sangre...

—Kwan, amigo mío, no sé quién les habrá pretendido gastar una broma pesada, pero puedo asegurarles que yo *no he hecho llamada telefónica alguna.* No sé de lo que me están hablando...

Kwan miró con estupor al policía. Luego, cambió una mirada con Lena y Frank. Exclamó, airado:

—¡No es posible! Frank, reconocí su voz, él se identificó, me dijo todo eso...

Frank Colé había palidecido repentinamente. Se puso en pie. Miró a Dobkin. Luego, viendo que decía la verdad, se volvió a sus compañeros.

—¡Vamos, pronto! —jadeó roncamente—. ¡Volvamos a casa! Si lo que me temo es cierto... hemos sido víctimas de un engaño, pero no para burlarse de nosotros, sino por motivos mucho más graves...

No explicó más. Iniciaron el regreso a casa. Esta vez, el propio teniente Dobkin se ofreció a acompañarles, junto con un agente de su departamento, pese a la negativa de Colé en ese sentido.

El coche devoró la distancia entre el Departamento de Policía y la residencia de los Dragones de Oro, en Telegraph Hill. El teniente aplicó una sirena policial a la capota, para abrirse paso con mayor celeridad entre el tráfico.

Pese a todo ello, llegaron tarde. Frank Colé ya se lo había temido mucho antes.

Había coches-patrulla, vehículos de bomberos y toda clase de curiosos en derredor. Algunas ambulancias partían, y otras llegaban al lugar donde se elevara el santuario de los Dragones de Oro.

No quedaba mucho de éste. En medio de la zona ajardinada y vallada, se alzaban unas paredes humeantes, ennegrecidas, restos de la vivienda que compartieran hasta entonces los tres *budokas.*

Frank Colé, lívido, se abrió paso, junto con Dobkin, entre la masa de curiosos y los policías de uniforme. Se detuvieron junto a uno de ellos, con los distintivos de sargento. Dobkin se identificó. El policía le saludó respetuoso.

—¿Qué ha ocurrido? —indagó el teniente de color. —Un explosivo, señor. Muy potente —explicó el sargento patrullero—. Los testigos presenciales aseguran que todo saltó por los aires en un momento...

—¿Víctimas? —preguntó Colé, con voz ronca—. ¿Hay víctimas, sargento?

—Sí, señor. Bastantes. Algunos transeúntes heridos de cuidado...

—¿Y los ocupantes? —demandó Colé con avidez—. Soy el dueño de la casa. Teníamos ahí dentro una decena de sirvientes...

—Lo siento, señor —el sargento le miró sombríamente—. Han sido extraídos más de la mitad de ellos sin vida. Hay seis cadáveres, y el resto sufren heridas, dos de ellos muy graves...

Frank Colé no dijo nada. Encajó las mandíbulas. Un destello de- fría ira cruzó sus pupilas, repentinamente duras como diamantes. Sus labios, al despegarse, modularon unas pocas y enigmáticas palabras que, para el

teniente Dobkin, nada parecían significar:

—«Ahora siguen jugando las negras. Caerán los peones blancos...»

Capítulo IV
TABLERO DE MUERTE

--«Ahora siguen jugando las negras. Caerán los peones blancos...» ¿Crees que es ése el significado del mensaje?

—Sí, Lena. Estoy seguro. —Pero es horrible...

—Horrible. Una monstruosidad, lo sé. Diez vidas inocentes. Diez peones sacrificados en una jugada criminal. Eso significa para alguien la existencia de diez personas.

—Y todo nuestro santuario destruido... —se lamentó Kwan.

—Es lamentable. Había en él obras de arte que no se pueden repetir. Pero nada de eso vale gran cosa al lado de un puñado de vidas humanas. El único delito de esos hombres fue servirnos con lealtad; trabajar para nosotros. Y ahora, seis de ellos están muertos, dos quizá no sobrevivan a la intervención quirúrgica de urgencia, y otros dos ofrecen mutilaciones y heridas serias. Además, hay peatones heridos, coches destrozados por los cascotes y la onda expansiva del artefacto utilizado. No sé cómo lo hicieron, pero eso requiere método, organización, medios... y una astucia cruel y solapada, dirigiendo la maniobra.

—Pudo habernos asesinado también a nosotros tres, Frank.

—Lo sé, Lena. Ya lo he pensado. Intencionadamente no lo hizo. Nos sacó de aquí con una falsa llamada. Fingieron la voz del teniente Dobkin a la perfección. Lo suficiente para engañar a Kwan, como te hubieran engañado a ti o a mí.

—La imitación era perfecta, Frank. Ni por un momento pensé...

—No tienes que excusarte, Kwan. Estoy seguro de ello. Una buena ficción. Para llevarla a cabo, hacían falta varias cosas: una persona capaz de fingir esa voz. Un conocimiento completo de nuestra amistad personal con el teniente Dobkin. Y por lo tanto, un perfecto espionaje efectuado por alguien sobre nuestras personas. En suma, nuestro enemigo sabe mucho sobre nosotros. Lo suficiente para habernos engañado.

—¿No era mucho menos dificultoso dejar que nos quedáramos aquí y liquidarnos con los sirvientes? —apuntó Kwan, ceñudo.

—Evidentemente. Por tanto, ¿por qué no lo hizo, si nos odia lo suficiente como para destruir nuestra casa y matar a nuestros sirvientes?

—Eso no tiene explicación —suspiró Lena Tiger.

—Yo diría que sí. Tiene una.

—¿Cuál?

—El juego.

—¿Qué?

El juego del ajedrez, Lena. Es como una partida. Nuestro enemigo está jugando. Nosotros somos sus adversarios. Las piezas a *comer* son nuestras vidas. Pero no tiene prisa. Goza con la partida, a su modo. Va acorralándonos. Nos avisa. Nos envía un mensaje en clave. Y nos manda unas piezas de

ajedrez. Revelador. Nosotros tres somos las piezas básicas de la partida. Abatidos alfil, dama y rey, la partida es suya. El sólo ha perdido una pieza por ahora.

—¿El alfil?

—Eso es: el Triturador.

—¿Crees que tiene relación con aquel monstruo del Tibet?

—Ha de tenerla. Sólo eso explicaría la reproducción de su faz en el alfil roto. Nos avisó para que supiéramos de qué iba. Ahora ya estamos seguros. La partida ha comenzado. Movió sus piezas y nos dejó sin peones. Es su primera victoria. Pero no cejará hasta abatir a las tres piezas decisivas: nosotros tres.

—Faltan otras: caballos, torres... —Kwan sacudió la cabeza—. No lo entiendo. Parece cosa de locos.

—Y quizá lo sea —admitió Frank—. Un loco del juego. Un fanático del ajedrez, relacionado por alguna oscura razón con el Triturador. Es una venganza, estoy seguro. Desea vengar al Triturador. ¿Adonde llevaba éste a sus cautivos, los Carruthers? Jamás lo supimos. El secreto murió con él.

—Frank, ¿qué piensas hacer ahora? —musitó Lena, mirándole con expresión preocupada.

Colé se detuvo ante las ruinas del edificio, en medio del jardín japonés destrozado virtualmente por el potente explosivo. Se inclinó. Sus dedos juguetearon, distraídamente, con fragmentos de figurillas chinas y japonesas, talladas en piedra, jade o marfil, hechas añicos por la voladura.

—¿Qué esperas que haga? —murmuró, pensativo—. Lo único que podemos hacer ya; seguir la partida. Sólo que el próximo movimiento nos corresponde a nosotros. Hay que intentar dar jaque mate a ese misterioso enemigo.

—¿Esperas conseguirlo? —dudó Kwan.

—No lo creo. Aún estamos muy lejos de saber quién es, dónde está y por qué actúa así. Pero mucho me temo que cada movimiento de esta partida de locos nos irá aproximando insensiblemente a él. Hasta el encuentro decisivo, a vida o muerte. El mate final.

—Tal vez llegue, o tal vez no —suspiró Lena, sentándose en los restos de un gracioso puentecillo japonés del destrozado jardín—. Pero ¿cuál será ese próximo movimiento a hacer, Frank, si ni siquiera sabemos a quién atacar?

—Eso... lo estudiaremos ahora —fue la respuesta de Colé—. Recuerda que el ajedrez es un juego sin prisas, frío y cerebral, en el que hay que pensar bastante, antes de mover una pieza. Y, sobre todo, hay que pensar en el movimiento inmediato que hará nuestro enemigo, y anticiparse a él.

—¿Será eso posible? —terció Kwan, sombrío.

—No lo sé. Cuando menos vamos a intentarlo. No queda otro remedio.

Y de su mano crispada cayeron los fragmentos de figurillas de adorno de su vivienda, como residuos simbólicos de aquellos peones humanos,

sacrificados por un asesino enigmático y despiadado, que consideraba la vida humana como una pieza de ajedrez, y el mundo como un siniestro tablero donde jugar su criminal partida.

* * *

«Peones blancos, comidos. Juegan blancas. ¿Cuál es su próximo movimiento?»

Era el nuevo mensaje. Lena Tiger lo leyó en silencio, con una expresión instintiva de disgusto y de coraje mal reprimido. Un luchador jamás debe odiar a su enemigo. Las disciplinas marciales de Oriente lo prohíben. Pero no podía evitarlo. Tenía que sentir algo muy parecido al odio por alguien capaz de sacrificar un puñado de vidas humanas como si fuesen parte de un juego.

Además, ahora se confirmaban las palabras de Frank Colé. El segundo mensaje era elocuente. El enemigo oculto esperaba la siguiente jugada. Pero contaba con todas las ventajas. El parecía saberlo casi todo de sus enemigos. Estos, no sabían absolutamente nada del suyo.

Aun así, Frank Colé permanecía pensativo, sentado en una butaca de la *suite* de aquel hotel donde se alojaban momentáneamente, a la espera de resolver sobre una nueva y futura residencia para los tres.

Estaba meditando. Llevaba así más de dos horas, abstraído, como ajeno a todo, distante de ellos por completo, encerrado en sí mismo.

Se había limitado a echar una ojeada al mensaje, recibido en sobre cerrado, a través de un repartidor de agencia urbana, asentir con la cabeza, v continuar sus reflexiones, sin despegar los labios para nada. Ni Lena ni Kwan le habían visto nunca tan abstraído como ahora.

Luego, de repente, se irguió. Quedose mirando a Lena. Sus labios se movieron, modulando una súbita pregunta:

—Lena, ¿recuerdas lo que nos contaste al llegar tarde a los entrenamientos en nuestro desaparecido *dojo*?

Ella pestañeó, sorprendida. Luego, asintió.

—Sí —dijo—. Lo recuerdo. ¿Por qué preguntas eso?

—Repítemelo, por favor. Dijiste algo sobre ese viejo comerciante chino...

—¿Thai-Hong?

—Sí, eso es. Thai-Hong. Te quería vender un ajedrez.

—Lo recuerdo. Con piezas de marfil y ónix... —se detuvo, sorprendida —. ¡Ah, ya entiendo lo que quieres decir! Un ajedrez...

—Añadiste algo más. El vendedor se lo dio barato, a condición de que él también lo vendiese a buen precio, sin ganar demasiado en la transacción.

—Exacto. ¿Crees que significa algo?

—No lo sé. Ve a verle de nuevo. Adquiere ese ajedrez, si aún lo tiene.

Si no, pregúntale quién se lo vendió. Es importante, Lena. Sácale la información al viejo comerciante. Sabiendo que es para mí, te la dará.

—Está bien. Lo intentaré —caminó hacia la salida—. Pero cuando tengamos ese dato, ¿de qué servirá?

—No lo sé aún. Sea como sea, nos dará una pista. Pero una pista que nuestro enemigo «quiere» que encontremos. Por eso vendió el ajedrez al viejo Thai-Hong.

—En ese caso, no resultará muy útil seguirla, si es lo que él espera que hagamos, ¿no? —opinó Kwan Shang, sorprendido.

—Eso es —sonrió duramente Frank—. Fingiremos seguir la pista... para hacer algo diametralmente opuesto, y ver las consecuencias de todo ello. ¿Lo entiendes?

—No —suspiró el joven chino—. Pero imagino que es lo mismo. Ya lo entenderé a su debido tiempo.

—Sí. Cuando toque mover las piezas blancas otra vez... —afirmó Colé, pensativo.

Y siguió meditando en silencio.

* * *

—El Nizam de Anwapur.

—¿Quién?

—El Nizam de Anwapur. Es lo que me dijo Thai-Hong.

—¿Sabe él quién es?

—Sí. Un hombre importante en la India. En la frontera con Nepal.

—Nepal... Estuvimos allí cuando murió e.1 Triturador. Katmandú, el Tíbet... ¿Qué más te dijo el viejo chino?

—El Nizam es hombre importante. Y muy rico. Le vendió el tablero de alabastro y el ajedrez de marfil y ónix. Una pieza bellísima. Su precio era muy bajo, pero el Nizam le exigió que sólo la vendería en esa suma, si él la vendía, a su vez, en una cifra que solamente le reportase el treinta por ciento de beneficio. Nada más. Me mostró el documento de compra. Lo adquirió en mil dólares.

—Puede valer diez veces más, Lena.

—Se lo dije. El estuvo conforme. Pero sólo pedía mil trescientos. Era lo convenido Frank. Se amoldó a las condiciones exigidas. Lamentó mucho su venta.

—De modo que lo vendió, naturalmente.

—Tú lo dijiste. Era muy barato.

—Sí, claro. ¿A quién lo vendió? —Colé paseaba, mientras mantenía esa conversación.

—A un cliente desconocido. Un forastero en la ciudad, según le dijo. También era hindú. Al menos, vestía como tal. Turbante, piel cobriza, aspecto ascético... Pagó religiosamente lo exigido.

—¿Dio su nombre?

—Sí. Porque lo facilitó espontáneamente, sin pedírselo Thai-Hong.

—Lo suponía. ¿Qué nombre era ése? —Kadhar, señor
de Dakai.

—Ya —anotó con rapidez el nombre—. ¿Es todo?

—Sí, es todo. El viejo chino parecía muy apenado porque yo hubiera perdido semejante posibilidad. Incluso me facilitó las señas del cliente que adquirió el bello ajedrez.

—¿Y son...?

—Hotel Sheraton. *Suite* 1.023.

—Bien, Lena. Gracias por la gestión —fue al teléfono y pidió línea. Llamó al hotel Sheraton y pidió por Kadhar, señor de Dakai, en la *suite* 1.023.

La respuesta fue escueta:

—Lo siento, señor. La *suite* real está libre.

—¿Ha dicho *suite* real? —insistió Frank.

—Eso es. El señor de Dakai es un personaje real, hindú. Venía con su séquito. Se ha ausentado hace pocas horas. Su destino era Nueva Delhi, señor. Vía aérea. ¿Puedo ayudarle en algo más?

—No, gracias —colgó Frank, quedándose pensativo. Luego, una lenta sonrisa se fue dibujando en su rostro preocupado. Sus amigos le miraban con idéntica preocupación a la que el rostro del rubio americano manifestaba.

—¿Algo nuevo, Frank? —demandó Kwan Shang, inquieto.

—Quizá —suspiró Colé—. Nos encontramos a un tipo tan astuto como sarcástico. Un genio del humor. Y de la astucia. Y del crimen, claro está.

—¿El señor de Dakai? —se interesó Lena.

—Y también el Nizam de Anwapur. El que vendió el ajedrez y el que lo compró, son una misma persona.

—¿Por qué piensas eso? ¿Perdió trescientos dólares intencionadamente? Es una operación absurda.

—Pero iba destinada a alguien: a nosotros. Así sabría yo de su presencia en San Francisco.

—Podía suceder que no te enterases. Que ni siquiera llegaras a saber de ese ajedrez..

—No. No lo creo —se volvió a Lena, risueño—. ¿Poiqué fuiste a ver a Thai-Hong, Lena? A ti no te atraen las antigüedades orientales...

—Bueno, me llamaron...

—¿Quién te llamó? —fue la viva réplica de Colé.

—Judd Baker, el comerciante. Dijo que viera unas cosas en tu nombre. Me citó a Thai-Wong con cierto interés...

—¿De veras? —Colé descolgó de nuevo, empezando a marcar un número. Cuando lo hubo hecho, habló con la persona situada al otro lado del hilo—. ¿Judd? Sí, soy yo, Frank Colé. Sí, se trata de algo relacionado con esas antigüedades... Creo que llamaste a Lena para que visitara a Thai-Wong y viese unas piezas especiales que podían interesarme... ¿Ah, sí? Bien, Judd. Sí,

claro, entiendo. De todos modos, gracias. No, no tiene importancia. Hasta otra vez. Sí, claro. Iré a esa exposición de la semana próxima, seguro... ¡Adiós, amigo!

Colgó. Alzó los ojos hacia Lena. Ella levantó una mano, rápida.

—No me digas nada —musitó—. Judd Baker no me llamó.

—Eso es. Nunca te hizo esa llamada. No era Juud.

—Yo hubiera jurado...

—También Kwan hubiera jurado que era el teniente Dobkin quien llamaba —atajó Colé, gravemente—. No te culpes de nada, Lena. Lo planearon todo. Miden cada paso, cada reacción nuestra. Como una partida de ajedrez.

Y en ese caso... ¿por qué atraerme, a mí, a esa vieja tienda de Chinatown?

—Muy simple. Querían que nos lijáramos en el ajedrez de marfil y ónix. Que yo lo recordase. Y que supiera que dos personas se relacionan ya con él: el Nizam de Anwapur, y Kadhar, el señor de Dakai. Quizá dos personas en una. O una de ellas, haciéndose pasar, también, por la otra. Este juego lo admite todo. Es un puro engaño, un anticiparse al enemigo constante.

—Lo malo es que nosotros vamos a remolque, Frank —se quejó Kwan Shang—. Es la primera vez que eso ocurre.

—Te equivocas, Kwan —suspiró Colé, ceñudo—. Nuestro enemigo espera el siguiente movimiento: un viaje a Katmandú, en busca de ambos personajes.

—¿Y no vamos a hacer eso? —quiso saber Lena.

—No —negó Frank—, Viajaremos, eso sí. Ahora mismo. Pero mucho más cerca que al Nepal.

—¿Adonde?

—A Londres.

—¿Londres? ¿Qué se nos ha perdido allí? —se extrañó Kwan.

—Hay dos personas a quienes dejamos sanas y salvas en la capital inglesa, no hace mucho tiempo. Las únicas que, en cierto modo, se relacionaron directamente con el Triturador. Y ni siquiera sabemos por qué fueron secuestradas y conducidas al corazón del Himalaya...

—¿Los Cavanaugh? —preguntó Kwan, entendiendo.

—Eso es: los Cavanaugh. Tenemos que verles. Lo antes posible.

—Los Cavanaugh... —comentó sarcásticamente Lena entre dientes—. Entiendo. Otra vez esa preciosa inglesita, Melissa Cavanaugh...

—Lo siento, Lena. Tendrás que olvidarte de tus celos. Es una muchacha bella y encantadora. Pero ella y su hermano saben algo que yo necesito saber ahora imperiosamente. Entonces, me tenía sin cuidado conocer o no los motivos que movieron a aquel monstruo, al Triturador, a llevarles cautivos al Tíbet. Ahora, es diferente. El Triturador está muy directamente relacionado con nuestro enemigo en esta partida. Y no quiero que se nos escape esta oportunidad. Antes de lo que imaginamos, las piezas negras se

moverán en el tablero en esa dirección: Londres... y los Cavanaugh. Estoy seguro de ello.

Capítulo V
MUEVEN BLANCAS

—Es una grata sorpresa, Frank. Otra vez reunidos... Nunca llegué a imaginar eso, cuando nos despedimos en Katmandú...

—El mundo da muchas vueltas —sonrió Colé—. Y Londres es casi su centro geométrico. No tiene nada de extraño que estemos ahora aquí, Melissa.

—Evidentemente, me hubiera gustado más que viniera solo —la bella joven se colgó de su brazo, con expresión risueña—, pero me temo que eso sería demasiado pedir, ¿no es cierto?

—Nos separamos rara vez los tres —sonrió a su vez Frank, mirando hacia la sala inmediata, donde el coronel Cavanaugh servía el *sherry* a Lena y Kwan, sin que la primera dejase de mirar de soslayo hacia él y la bella hermana del militar retirado—. Y este viaje no podía ser una excepción.

—Bien. Aceptemos las cosas como son. ¿Una copa, Frank?

—No, Melissa, gracias. Nunca bebo. Tampoco mis amigos, pero ellos al menos hacen honor a la invitación del coronel, aunque sólo humedezcan sus labios. Prefiero ser sincero. Un zumo de frutas me sentará mejor.

—Los sanos y limpios deportistas, ¿no es cierto? —sonrió ella.

—Dígalo como quiera. La mente y el cuerpo están más sanos sin alcohol.

—¿Y... sin sexo? —insinuó ella, maliciosa.

—Eso es diferente —rió de buena gana Frank—. No somos puritanos ni santos, sino hombres sanos. El sexo forma parte de la vida humana, cuando se entiende de forma sana y correcta. El sexo, en sí, es una porción de nuestra existencia.

—Eso me alivia. Casarse con un *budoka,* no será necesariamente aburrido...

—Seguro que no —soltó Colé una suave carcajada—. ¿Lo ha pensado alguna vez?

—Sí —Melissa le miró fijamente—. He pensado casarme con un *budoka*... Contigo, Frank.

Hubo un silencio difícil. Colé enarcó las cejas. Melissa le miraba fijamente, muy cerca de él. Ante su silencio, aún se aproximó más. Colé se alegró de que una cortina, para disgusto de Lena, les separara de ésta, que no podía curiosear en la estancia vecina. Notó el cuerpo firme de Melissa contra su torso y brazo. Ella respiraba aguadamente. Le miraba con ojos apasionados, con labios húmedos y entreabiertos.

—Bueno, yo no he pensado aún en casarme, Melissa —murmuró.

—¿Por qué? ¿Por esa mujer, Lena Tiger...?

—No lo sé. Lo cierto es que llevo una vida difícil. Pondría en peligro a cualquier mujer. O la haría sufrir demasiado.

—Ella te ama. ¿No sufre? ¿No peligra también?

—Es diferente, Melissa.

—¿Diferente? ¿Por qué?

—Es una de nosotros. Forma parte del grupo. Mi peligro es el suyo. Mis sufrimientos, los de ella. Los de, todos. Se puede defender. Puede luchar. Puede morir, pero venderá cara su vida. Puede sufrir, pero lo sabe de antemano.

—Yo también lo sabría. Y hasta podría defenderme... —se aferró a Frank, le buscó la boca, y la encontró. Sus labios se encontraron, mientras gemía, estremecida—. ¡Oh, Frank, Frank! Desde que salvaste mi vida... sólo pienso en ti. Te recuerdo día y noche... No puedo vivir sin ti, estoy segura...

—Melissa, eres muy joven. Esas son cosas que se pasan con el tiempo, con los años y el olvido... Un día, ya ni siquiera recordarás que existe un hombre llamado Frank Colé.

—Sé que nunca ocurrirá eso. Frank, te amo. Te necesito... Y has vuelto. Eso lo hace todo más difícil. Porque me hace pensar que tu... tú también... sientes algo por mí...

—Lamento defraudarte, Melissa —la apartó, antes de que el contacto de sus labios fuese nuevamente intenso y embriagador—. Seré cruel, pero debo desengañarte. No he venido exclusivamente por ti. Es... es algo más lo que me trajo a Londres, y quiero que lo comprendas...

—Frank... Realmente, sí eres cruel... —dolida, ella se apartó vivamente. Sus ojos estaban ahora húmedos, llenos de amargura—. ¿A qué has venido? ¿A hacerme sufrir, tal vez?

—Puede que sí. Y lo sentiré muy de veras. Pero tenía que hacerlo. Las cosas han cambiado mucho desde que os liberé a ti y a tu hermano, allá en el Tíbet. Han surgido nuevos factores, elementos imprevisibles... No, Melissa. Aquello no era solamente una acción demencial de un monstruo humano. Era más. Algo más. Y quiero saber qué era. Melissa... tú... tú conocías a ese monstruo. Tú sabías algo sobre el Triturador...

—¡Frank! —jadeó ella, estupefacta—. Pero... ¿qué dices? ¿Es posible que pienses algo semejante? ¡Era la primera vez que veía a semejante horror viviente!

—Lo siento, Melissa. No puedo creerlo. Tuvo que ocurrir algo... Ese hombre, o como quieras llamarle, actuó por una razón determinada, no por llevaros consigo o las cumbres. Las autoridades nepalíes y tibetanas dijeron que se trataba sin duda de un enfermo, un maníaco, mitad bestia, mitad hombre, que enloqueció por tus encantos. Pero nadie se paró a pensar en dos cosas inexplicables. Nadie, Melissa. Ni siquiera yo. Entonces no podía ver claro. No le di la trascendencia que tenía al suceso.

—¿Trascendencia? ¿Qué trascendencia? —replicó ella, airada casi.

—Melissa, te hablé de *DOS* cosas que no tienen explicación clara, ni mucho menos. La primera, es ésta: si te raptaron a ti, porque el monstruo ansiaba tu belleza para su madriguera en las cumbres heladas..., ¿por qué se llevó también a tu hermano, el coronel? Eso no tiene sentido.

—¿Y la segunda?

—Esa es más extraña aún. Hemos aceptado que el Triturador era un monstruo, una simple bestia deshumanizada. De acuerdo, pero... ¿quién le mutiló sus manos y su lengua? ¿Quién le aplicó aquellas dos manos de metal, perfectamente articuladas, que ni siquiera existen en los más avanzados métodos de ortopédica mundial?

—Frank... Yo he pensado a veces en todo eso —gimió Melissa Cavanaugh, dejándose caer en un asiento, acongojada—, pero no encontré nunca una respuesta concreta. ¿Tú sí, Frank?

—No. Aún no. Es lo que he venido a buscar.

—¿A Londres?

—A Londres, sí. Por eso estoy aquí. Tú o tu hermano... tenéis que tener la respuesta. Una respuesta. La que sea, Melissa.

—Yo... no tengo ninguna respuesta, Frank. Lo siento...

Y se quedó cabizbaja, estremecida, temblándole las manos. Frank Colé no sabía si de dolor, de decepción, de amargura..., o de miedo, al recordar la terrible peripecia vivida en el Tíbet.

De pronto, a espaldas de Frank, sonó la voz fría, serena, calmosa, con la autoridad y sobria energía del hombre habituado a la vida castrense:

—Yo sí, Colé. Yo tengo esa respuesta que usted vino a buscar...

Frank se volvió lentamente. Sus ojos se cruzaron con la mirada clara y limpia del militar retirado. Este se atusó sus bigotes canosos, y Colé habló con tono calmoso:

—Lo sabía, coronel Cavanaugh. Por favor, sincérese... ¿cuál es el misterio que envuelve aquella aventura en el Tíbet?

* * *

El coronel Cavanaugh probó un sorbo de su copa de *sherry***.** Depositó ésta en la mesita situada a su lado, miró largamente a los que le rodeaban, en la confortable biblioteca de su residencia en Mayfair, y habló despacio, con tono grave y enfático:

—Tuve un amigo, tiempo atrás, cuando era militar en la India. Mi mejor amigo. Nunca hubo para mí otro igual. No era militar, contra lo que pueda suponer. Estaba en las colonias como proveedor y comerciante al servicio de Su Majestad, pero sin mezclarse jamás en las guerras y enfrentamientos con los nativos. Es más, muchos de sus mejores amigos eran hindúes, enemigos de Su Majestad y de todo colonialismo. Pero él sabía nadar entre dos aguas, mantenerse siempre al margen, en una neutralidad cada vez más difícil. Salió con bien de todo ello, y años más tarde nos encontramos de nuevo en Londres. Seguía teniendo negocios con la India, Nepal y algunas regiones del Tíbet, y era un hombre respetado y querido por todos. Su nombre era Forrester. Lukas Forrester. Tenía una hija, y era viudo. Ella nunca se casó, por hacerle compañía en aquellas tierras, y se hizo mayor sin llegar a tener

otro hogar que el de su padre y ella. Ahora tendrá unos diez años más que Melissa y, pese a su rara belleza, jamás abandonó a su padre para unirse a hombre alguno. De pronto, un día, Lukas Forrester desapareció en la India, sin dejar rastro alguno. Su hija me telegrafió, dándome la noticia. Nadie sabía de su paradero, de su suerte. Pero nadie, tampoco, podía entender que tuviera enemigos capaces de causarle daño alguno. Sin embargo, había indicios de que podía tratarse de un secuestro. Fui a Nueva Delhi con mi hermana Melissa, sin decirle nada sobre el asunto, y de allí, tras investigar en algunos lugares, un rastro me llevó a Katmandú, averiguando que últimamente se había mezclado en asuntos de tráfico de estupefacientes con Occidente, para solventar una difícil situación económica.

—Siga —le invitó Colé—. Soy todo oídos, coronel.

—Sin saberlo nunca Melissa, llegamos a Katmandú como si fuese un simple viaje de turismo, y allí averigüé que, al parecer, un cultivador de plantas narcóticas del Nepal había hallado una nueva especie de narcótico que podía proporcionar una fortuna inmensa a quien la introdujese en Occidente. Mi amigo Forrester, no sé si impulsado por la codicia o por sus apuros monetarios, había aceptado tal cosa. Pero poco después desapareció. Y del traficante de la nueva droga, nada se supo tampoco en Katmandú. Yo seguí buscando, siempre ocultando la verdad a mi hermana menor, para evitar que se asustara. Y de ese modo, inexplicablemente, un día fuimos atacados por aquel monstruo, reducidos fácilmente, y obligados a seguirle hacia las montañas del interior, a través del Himalaya, con destino desconocido. Eso es todo lo que puedo referirle. No sé si el Triturador tenía algo que ver con los raptores de Forrester, pero siempre he pensado que sí, aunque el misterio jamás se ha aclarado.

—¿Y Lukas Forrester?

—Nada —suspiró el militar—. Nunca se supo nada de él. No tengo la menor idea de su actual paradero. . Y creo que el Gobierno británico, tampoco.

—¿Y su hija? —terció Kwan, vivamente,

—¿Wendy Forrester?—el militar se encogió de hombros—. Ella se ha quedado en Katmandú. Se niega a volver. Creo que encontró trabajo allí, pero no me diga qué clase de trabajo. Me aseguró que era perfectamente legal y honesto, y que nada debía de temer sobre su suerte. Estaba dispuesta a seguir buscando, siempre confiando en recuperar a su infortunado padre. Pero de eso va a hacer ya un año. Es demasiado tiempo sin noticias, para sentirse optimista. Los traficantes y cultivadores de narcóticos son gente extraña y hermética. Nunca me fiaría de ellos.

—¿Sabe algo sobre ese cultivador que tuvo tratos con Forrester? —quiso saber Colé.

—Sí. Le llamaban Mahji Rand. Otros preferían llamarle el Nizam de Anwapur.

—¡El Nizam! —saltó vivamente Lena Tiger, cambiando una rápida

mirada con Frank Colé.

Este, con el gesto, la hizo enmudecer, y volvió a la carga con el coronel Cavanaugh.

—¿Es, realmente, un aristócrata hindú, como su nombre da a entender? —indagó.

—Sí, creo que lo es. Una apartada región, al norte de Katmandú, no lejos de las estribaciones del Himalaya. Pero nadie afirma nada, nadie acusa, nadie dice nada contra esos personajillos de tales lugares. Allí, en cada región, cada jefecillo es un pequeño tirano. Pero tampoco las autoridades nepalíes han logrado probar nada contra el Nizam. Aunque fuese culpable, dudo que lo hicieran.

—Sí, entiendo —Colé se frotó el mentón, pensativo—. El Nizam, Lukas Forrester, su hija Wendy... y ustedes. Esa es la historia completa, ¿no, coronel?

—En efecto. Esa es. No tengo más que revelarle. Colé, y de veras lo siento. ¿Cree usted que eso tiene algo que ver con lo que anda buscando, ahora?

—Evidentemente, si. Hay dos factores, dos eslabones que unen la cadena.

—¿Cuáles?

—El Triturador... y el Nizam de Anwapur. Es demasiado para resultar casual.

—Le felicito, Colé. Es usted muy inteligente, si ha llegado tan lejos.

—No, coronel. Eso es lo que me extraña y me preocupa. Que no he sido yo quien halló esos datos. Me fueron dados intencionadamente por alguien. Alguien que trata de darme demasiadas pistas para que sean ciertas. Pero confío, cuando menos, en haberme anticipado en algo. Ese algo es... venir aquí y hablar con usted, coronel, en vez de buscar directamente en Katmandú.

—¿Por qué dice eso? —preguntó el ex militar, intrigado—. ¿Esto facilita en algo las cosas? Presiento que si hay alguna clave que aclare el enigma, esa tiene que estar forzosamente más cerca de Katmandú que de Londres.

—Exacto —suspiró Cote—. Y eso es lo que pensará, también, mi enemigo. O imaginará que yo estoy pensando ahora. Mientras imagina que yo voy a Katmandú... tal vez él ataque en otro lugar.

—¿Dónde?

—En Londres, por ejemplo —dijo Colé, sorprendentemente.

Y, de pronto, como si algo viniera a confirmar los temores de Frank Colé, algo sucedió en la mansión que los Cavanaugh disfrutaban en la mejor zona de Mayfair, junto a Berkeley Square.

La primera señal fue un chasquido en alguna parte Las luces se apagaron súbitamente. Melissa, no lejos de Colé, emitió un grito ronco de alarma. El coronel rugió sordamente, soltando una frase malsonante.

—¡Cuidado! —avisó Frank a sus amigos, utilizando un dialecto chino

que todos ellos comprendían.

Y era ocasión de hacerlo.

Porque, súbitamente, un grupo de sombras penetró en la estancia, procedente de la cámara inmediata, sin utilizar luz alguna para moverse por entre los muebles diestramente.

Frank Colé supo que tenían que luchar en las tinieblas, frente a seres que, por la razón que fuese, veían en la oscuridad.

Capítulo VI
ENROQUE

—.¡Malditos sean, Frank! —oyó la voz de Kwan, también en lengua china—. ¡Esos diablos se mueven en la oscuridad como gatos!

—Ya lo noté —dijo Colé, agazapado, notando que los agresores saltaban ágilmente por encima de los muebles, acosando a sus camaradas y a los Cavanaugh—. Luchad como si estuvieseis a pleno sol. Y examinad, luego, a los vencidos...

A su vez, tuvo que desplazarse con rapidez, poniendo ante él una butaca, contra la que, pese a la rapidez de sus movimientos, se estrelló violentamente un agresor. Le oyó rugir entre dientes, mientras se reponía.

—¡Son *budokas,* Frank! —avisó Lena, también en lengua china.

El no contestó. Acababa de darse cuenta de eso. Uno de los atacantes, salvando el obstáculo de una mesa que sólo podía ser visible a plena luz, en una zona de profundas sombras, saltó sobre él, golpeándole con ambos pies en el torso, en un perfecto *Tobi-Keri* que, por puro milagro, no le alcanzó de lleno, gracias a la j rapidez de reflejos, pero aun así le lanzó violentamente contra la pared, medio aturdido.

Allí, al golpear contra el muro, se vio venir a otras dos sombras, mientras escuchaba, preocupado, una imprecación de dolor y decepción de Kwan Shang, al fallarle la defensa contra otro de los enemigos en la oscuridad, mientras Lena volaba aparatosamente pollos aires, golpeada por un adversario que actuaba en la sombra como si tuviera ojos capaces de horadar la oscuridad.

Colé se encaró a esas dos figuras atacantes, en auténtica inferioridad de condiciones, puesto que no podía adivinar sus actos en la oscuridad. Mientras tanto, otros agresores forcejeaban con los hermosos Cavanaugh, arrastrándolos fuera de la habitación a viva fuerza.

Frank se defendió de uno de los agresores. Logró oponer un rápido movimiento en *Mawashi-Shuto-Uke.* Así, su mano en forma de sable y su antebrazo, pararon con la izquierda, mientras mantenía la derecha ante su estómago, frenando el puntapié brutal, en *Mae-Geri-Jodam,* del otro adversario, a quien logró aferrar el tobillo, retorciéndolo sin piedad, hasta que su enemigo aulló, y luego le proyectó por los aires, contra una vitrina que se hizo añicos bajo el peso del vencido. Este rodó como un fardo por el suelo de moqueta.

El anterior enemigo parado por su brazo y mano, volvió a la carga, introduciendo prestamente su puño derecho hacia el rostro de Colé en vertiginoso y demoledor *Uraken-Shomen.*

Pero el reflejo de la luz de un automóvil, al cruzar la calle, y filtrarse por las persianas la claridad de sus faros, salvó a Colé de un posible desastre. Vislumbró a tiempo el ataque, y lo frenó en seco con un giro veloz, que puso su codo ante el impacto enemigo, en una postura *Kiba-Dachi,* que hizo

tambalear al agresor, sorprendido por la técnica de Colé.

Sin darle tiempo a reaccionar, en una auténtica lucha contra reloj, mientras sus compañeros llevaban las de perder con sus antagonistas, él logró disparar su pierna y conectar un brusco y durísimo *Mae-GeriJodan,* que martilleó seca y demoledoramente el *San-Ming* o punta del mentón enemigo, provocando la fulminante caída del luchador.

Rápido, Colé se abalanzó sobre él caído, aferrándole la cabeza con una mano, y descubriendo sobre la cabeza del mismo una especie de casco de goma negra, provisto de unas gafas como de motorista. Se lo arrancó todo, aplicándoselo él a su propia cabeza, al tiempo que la otra mano tanteaba el pecho del enemigo, hallando en él un disco magnético, adherido a una malla de tejido metálico, también negra. Apenas se hubo puesto las gafas, toda, la sala resplandeció de luz ante sus ojos.

Era una luz extraña, lívida, pero muy nítida, que revelaba con todo detalle la presencia de enemigos, muebles y cuanto era visible allí cuando había luz.

—¡Infrarrojos! —jadeó entre dientes—. ¡Es eso!

Apenas aplicó el disco a su pecho, un raudal de luz, invisible al ojo humano, brotó de aquella especie de foco plano. Era luz infrarroja. Los lentes adecuados, permitían que esa claridad fuese visible como la de la iluminación eléctrica al ojo normal.

— ¡Kwan, Lena! —llamó en chino—. ¡Luz infrarroja! ¡Tomad los cascos y gafas de los atacantes! ¡Y las luces de sus pechos! ¡Les dejaréis tan inermes como estábamos nosotros hasta ahora!

Ellos, acorralados por los enemigos, entendieron.. Colé, eludiendo a los adversarios, cargó ahora contra dos de los atacantes de Lena, arrebatándoles las gafas. Los tipos manotearon en vano en las repentinas tinieblas. Les martilleó, abatiéndoles fácilmente con dos impactos de su mano en posición de *Shuto* o *sable.* Rápido, entregó sus cascos y lentes a ambos camaradas.

A partir de allí, todo cambió. Los adversarios de malla negra metalizada eran al menos ocho. Pero se bastaban ellos tres, una vez en igualdad de condiciones con los astutos luchadores. Los golpes de *kung-fu* .de Kwan, las llaves de *Aikido* o los saltos felinos de *Tae-Kwon-Do* de Lena, y el *karate* demoledor de Colé, bastaron para mermar y devastar las filas adversarias con pasmosa rapidez. Ahora, ellos podían ver en la oscuridad, y muchos de sus enemigos no.

Los Cavanaugh se libraron de sus raptores, ya en el vestíbulo, con un coche esperando afuera. Frank Colé dejó a sus compañeros luchando ferozmente contra los enemigos provistos de luz infrarroja, y se lanzó al exterior, en busca del vehículo que aguardaba ante los escalones de la aristocrática casa de Mayfair.

El conductor de ese vehículo intentó partir velozmente. No era tarea sencilla, como pensó. En un *plongeon* increíble, Frank Colé voló por los aires, cayendo sobre la capota del coche, v golpeando con sus dos puños en forma

de martillo o *Tsutchi-Ken* el parabrisas del vehículo.

Fue tan devastador el doble mazazo, que los vidrios se pulverizaron, desgajándose como si les hubiese acribillado una ráfaga de balas. El conductor chilló, dando vuelta veloz al volante, y desviándose de su ruta, para ir a estrellarse contra una esquina cercana.

Frank Colé rodó por el asfalto, lejos del vehículo desviado, y luego se incorporó, intentando darle alcance.

Se detuvo justo a tiempo. De haber ido más de prisa, tal vez hubiese sido fatal para él.

Súbitamente, el automóvil pareció levantarse del suelo, agitado por una gigantesca mano invisible. Una llamarada cegadora brotó del vehículo, que se desgajó y reventó en medio de un estruendo formidable. Una densa nube de humo y una bola de fuego, envolvieron al automóvil, que con su conductor dentro, saltó por los aires, pulverizado, hecho simple chatarra ardiente.

—Cielos... —jadeó Frank, pegado aún al asfalto, ante la pavorosa escena de destrucción, estruendo y muerte—. Eso ya estaba previsto, pero ¿cómo?...

Se incorporó lentamente, mientras los restos del che ardían, con un cuerpo humano dentro, convenido en una masa carbonizada. Lentamente, regresó a la casa de los Cavanaugh. La lucha había terminado allí dentro.

Kwan Shang y Lena Tiger había terminado su batalla personal. A sus pies, ocho hombres yacían inertes. Algunos de ellos, muertos por golpes letales de necesidad. Otros, inconscientes o malheridos.

El coronel y su hermana, pálidos pero serenos, contemplaban todo aquel horror. Kwan accionó un conmutador del vestíbulo, y la luz volvió a inundar la casa, en tanto sonaban cerca de allí los silbatos de alarma de la policía londinense.

—Dios mío... —jadeó el coronel Cavanaugh—. ¿Qué significa esto, Colé?

—Significa que, pese a todo, nuestro enemigo sigue jugando sus piezas con mucha mayor antelación de lo imaginable —dijo sordamente Frank—, pero esta vez, hubo un enroque de Rey, sin duda alguna. Pude haber caído yo... y conmigo todos mis amigos y ustedes. Eso hubiera significado jaque mate irremisible...

—No le entiendo. Colé.

—No importa. Lo entenderá en seguida, cuando se lo explique. Pero antes, debemos saber quién envió a esos luchadores asesinos, provistos de luz infrarroja, a su casa de Londres, coronel. Aunque imagino quién fue.

—¿Lo sabe?

—Sólo lo imagino. Pero no espere que pueda darle nombres. Sólo sé que es enemigo nuestro. El peor que tuvimos jamás. Un gran luchador. Un ser inteligente, frío y despiadado. ¡Ah...! Y también un gran jugador de ajedrez...

* * *

—Ajedrez... ¿Qué sentido tiene todo esto, Colé? Es como un juego de locos...

—¿Locos? Quizá... Puede que él esté loco. Pero si es así, se trata de un loco sumamente peligroso.

—Ya ha visto lo que dijo la policía, Colé. Luchadores profesionales. Pero no tienen lengua. Ni parecen entender nada. Son como autómatas. Máquinas humanas para matar, sólo eso...

—Me temía algo así, coronel. No estoy demasiado sorprendido, créame.

—No, ya veo... —el coronel se frotó de nuevo sus mostachos canosos —. Por el amor de Dios, Colé, ¿puedo entender de una vez por todas este maldito enigma?

—No es difícil, coronel, aunque la solución del mismo sea algo diferente. Yo mismo ignoro en lo que estamos metidos. Sólo sé que es preciso seguir adelante o perecer. No hay elección.

—¿Quiere decir que no existe un motivo para todo esto?

—Existe. Imagino que es, precisamente, el Triturador. Pero no sé más. Ese ser de pesadilla actuaba entonces en nombre de mi adversario actual. Esto es como una extraña, refinada y fría venganza, dictada por una mente tortuosa, tan inteligente como singular.

—¿Venganza por la muerte del Triturador?

—Eso es. La razón de todo estriba ahí. Mi enemigo quería tenerles cautivos a ustedes dos, por la causa que fuese. Fracasó entonces, por culpa mía. Y no sólo eso, sino que su fiel servidor murió en el empeño. Pareció que era el final del asunto, pero distaba mucho de ser así. En realidad, aquello era solamente el principio. Ahora lo sé.

—De modo que está entablada una especie de... de gigantesca partida con un enemigo fantástico y desconocido.

—Eso es, coronel. Con un enemigo implacable, de extraño rigor. Pero que ha elegido el camino más insólito de todos: una partida de ajedrez jugada con piezas humanas. El se firma en sus mensajes, B. K. Al principio, ignoraba lo que quería decir. Ahora lo sé.

—¿Qué significan esas letras?

—*Black King* (1). ¿Se da cuenta?

—Sí, claro. Eligió piezas. Las negras. Usted... es el Rey Blanco. ¿Me equivoco?

—¡No. No se equivoca. Así es.

—Vaya... —el coronel movió la cabeza, dubitativo, la mirada perdida en el vacío, y luego cruzó sus ojos astutos con los de su bella y joven hermana. Entre él y Melissa, había un espacio amplísimo, de casi cuarenta años de distancia. Había otros hermanos Cavanaugh: exactamente dos hermanos y una hermana. Pero todos habían muerto, y quedaban solamente ellos. Melissa era ya para él como una hija—. Voy entendiendo. Es... es

fantástico, Colé.

—Fantástico. Esa es la palabra. ¡Pero también cruel. Absurdo, diría yo.

—Tiene que ser un gran jugador. Me refiero a que ese ser, quienquiera que él sea... es un auténtico jugador. Le gusta el riesgo, el azar.

—Sí. Y le gusta hasta extremos feroces. Es un fanático, cuando menos del ajedrez. Y ha entablado esta partida sobre un tablero demasiado grande para cualquier clase de jugador: el mundo entero.

---

(1) Black King; en ingles, Rey Negro.

—Es curioso...

—¿Curioso? —enarcó las cejas Frank—. ¿A qué se refiere?

—A eso del ajedrez...

—Sí, es curioso pero insensato.

—No, no me refería a esa extraña partida en sí —meneó negativamente su canosa cabeza el ex militar-colonial—. Hablaba del ajedrez en sí mismo.

—¿Le gusta a usted quizá?

—He jugado algunas partidas. Por entonces, en la India, había que matar el tiempo de mil formas diversas. Las horas se hacían largas y tediosas con aquellos calores, en un mundo donde la gente vive sin prisas, lentamente... Pero no soy en absoluto un jugador. Sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué?

—Mi amigo Lukas Forrester sí lo era. El mejor jugador que conocí jamás. Pero un hindú, amigo común de ambos, me dijo un día que no era solamente eso, sino quizá uno de los mejores jugadores de ajedrez que existían en el mundo.

—Sí, es curioso —los ojos de Frank brillaron, pero no añadió ningún otro comentario. Se limitó a sacudirla cabeza, indagando luego como al azar —. ¿Ese común amigo de ambos, el hindú... era también buen jugador?

—Ya lo creo. Notabilísimo. Por cierto, le vi en Katmandú cuando llegué con Melissa, al ir en busca de Lukas.

—¿De veras? —un nuevo destello de astucia asomó a los ojos de Frank —. Eso sí que es curioso. Después de tantos años... coincidir de nuevo.

—Ahora, Kadir Turan, que es el amigo de quien le hablé, lleva negocios importantes en Katmandú. Tiene un establecimiento y unas oficinas de exportación e importación de productos, y parece ganarse muy bien la vida. Se interesó por Lukas Forrester, cuando supo que había desaparecido, pero no pudo ayudarme gran cosa. Eso sí, mencionó lo de la nueva droga y el misterioso traficante, aunque era todo lo que sabía. Wendy, la hija de Lukas, ni siquiera tenía trato alguno con ese hombre. Me refiero a Kadir Turan, naturalmente.

—Es una historia fascinante la de su amigo Forrester, la verdad. Tal vez también él se empeñó en una partida de ajedrez con alguien... y la perdió. Pero claro, esto es solamente una suposición.

—¿Cree de veras que mi amigo Forrester puede tener relación con lo que ahora le ocurre a usted?

—Puede que más de lo que usted imagina. A fin de cuentas, por él volvió usted a Katmandú y fue secuestrado, junto con su hermana. Luego, apareció el Triturador en escena, al servicio de ese alguien misterioso y oculto con quien ambos nos enfrentamos. No hay duda de que su muerte en duelo contra mí, significa el móvil real de todo este grotesco desafío.

—¿Por qué le metería en todo esto? —se lamentó el coronel Cavanaugh con gesto preocupado—. Es lamentable que por mi culpa se vea ahora en riesgos tan serios... Pero como verá, también yo corro peligro, así como mi hermana Melissa. Hemos sido atacados estando ustedes aquí, esta misma noche...

—Sí. Y es extraño que ello no sucediera antes, coronel.

—¿Qué quiere decir? —enarcó sus cejas el ex militar.

—Que tal vez fueron atacados ustedes para, al mismo tiempo, atacarnos a nosotros. Eso es evidente. Al fracasar su intento, el vehículo donde debíamos ser introducidos, una vez prisioneros, fue volado a distancia.

—¿A distancia?

—Sí. No concibo otra cosa: control remoto. Tal vez ese vehículo tenía una conexión directa con el que maneja los hilos de esta trama. Un sistema de comunicación que podía conducirnos hasta él. Algo revelador, en suma. Y sin vacilar, al advertir el fracaso, manipuló a distancia el explosivo, e hizo volar el automóvil junto con su conductor.

—¿Es capaz de algo así? —se estremeció Melissa.

Y de mucho más. Ya vieron a sus luchadores. Gente especializada. Pero muda y sin iniciativa propia, sin saber por qué actúan. Tal vez movidos por hipnosis o algo similar. La India y esas regiones han sido siempre origen de tantos misterios psíquicos... El propio Triturador era un personaje increíble. ¿De dónde proceden seres tan insólitos? ¿Quién los maneja? Son respuestas que me gustaría conocer las que exigen esas preguntas, coronel. Desgraciadamente, nada sé aún.

—Pero es obvio que se halla ante un enemigo formidable... y de grandes recursos.

—De eso no me cabe la menor duda —suspiró Colé, asintiendo.

—Si pudiera ayudarle de alguna forma... ¿Qué piensa hacer ahora?

—No lo sé. Es posible que la clave de todo esto se halle lejos. En Katmandú... o más allá aún.

—¿El Tíbet? —musitó el coronel.

—¿Por qué no? Allí comenzó todo, realmente. Allí puede estar el fin de la partida entablada. Ahora tendré que esperar que mueva él.

—¿Cómo?

—Las piezas —sonrió amargamente Colé—. Recuerde, coronel: la partida. Ya han movido blancas. Ahora, vuelve a tocarle el turno a las negras. El intentó anticiparse a mí, intuyó lo que iba a hacer, y jugó su baza, pero le

falló. No puede tardar en suceder algo. Siempre ocurre así.

—Es increíble... —resopló fascinado el coronel—. Si yo fuese jugador, me sentiría sobrecogido y admirado a la vez...

—Pero yo no lo soy —observó secamente Frank Colé—. No me gusta jugar con la vida. Ni con la mía ni con la de nadie. No temo a la muerte, pero la vida humana es algo demasiado precioso para ponerlo en riesgo por un simple juego, por una pasión o un fanatismo.

—Eso lo entiendo. Pero la forma en que está usted enfrentándose a lo desconocido... me admira y me aterra a la vez, Colé. Le deseo suerte. La mayor del mundo, amigo mío.

—Gracias. Confiemos en que sea así —Frank movió la cabeza, pensativo—. Bien, coronel. Creo que debemos volver a nuestro hotel. Seguramente, ya nada sucederá en lo sucesivo. Usted y su hermana no creo que peligren de nuevo. De todos modos, Scotland Yard supongo que velará por su seguridad.

—Scotland Yard... —repitió el militar, con aire pensativo—. Me pregunto qué pueden hacer ellos ante alguien tan inteligente, tan poderoso, tan imprevisible como el ser a quien usted se está enfrentando...

Frank no dijo nada. En ese momento, Melissa pareció recordar algo. Habló a su familiar:

—Tío, has hablado de Lukas Forrester, de su hija Wendy... Pero olvidaste mencionar a alguien más que juega maravillosamente bien al ajedrez y que posee bellísimos juegos, que le entusiasma ese deporte...

—¡Cielos! —el coronel se dio un vivo palmetazo sobre la frente, cuando ya estaba en pie—. Melissa, ¿en qué estaba yo pensando para no recordarla?

—¿Recordar a quién? —se interesó vivamente Frank.

—Mi amigo Forrester... El era un gran jugador, pero tenía alguien en la familia que era un notable y aventajado discípulo suyo. Alguien con quien realmente tuve siempre muy poco trato; de ahí mi olvido. Melissa sí la trató en la India, cuando era una niña. Por eso la ha recordado.

—¿De quién se trata?

—De Stella Kendrick —dijo Melissa Cavanaugh. —¿Stella Kendrick? ¿Quién es?

—Prima de Lukas. Una mujer muy inteligente y brillante. Jugábamos juntas por entonces, aunque ella es diez años mayor que yo. Después, supe poco de ella, aunque en dos o tres ocasiones la he visitado aquí, en Londres, siendo ya mayores.

—¿Reside en Inglaterra?

—Sí. —Melissa rebuscó en un mueble, encontrando una agenda de tapas rojas, donde buscó algo, anotándolo en una hoja de papel que tendió a Frank—. Estas son sus señas, Frank. Puede encontrarla allí, a menos que esté de viaje. No sé si podrá ayudarle en algo, porque vivía últimamente bastante alejada de su primo Lukas, pero siempre puede ser un camino hacia alguna

^arte. Además, podrá hablarle largo y tendido sobre el ajedrez-Posee una colección magnífica de tableros y piezas de todas las épocas y estilos.

—Vaya... —Colé recogió el papel con una sonrisa. Luego, miró a la joven, sin que los relampagueantes ojos de Lena les perdieran de vista un momento—. Gracias por todo, Melissa. Quizá resulte algo positivo de todo esto. Lo que debo confesar es que nunca, antes de ahora, había oído hablar tanto del ajedrez y de personas aficionadas a él.

—Yo creo que cuando todo esto termine, si termina bien alguna vez, llegaré a aborrecer ese juego —confesó Kwan Shang con cierto sentido del humor.

Llamaron en ese momento a la puerta de la residencia del coronel. El suave campanilleo musical resonó en toda la casa. El ex militar consultó mecánicamente su reloj.

—Debe ser alguien de Scotland Yard —comentó—. A estas horas, no creo que venga nadie más...

—¿Le acompaño, por si ocurre algo imprevisible? —se ofreció Kwan Shang.

—No, gracias —sonrió el coronel—, Después de todo, para eso están los dos agentes que Scotland Yard ha dejado a la puerta, tras la explosión y el ataque de los *budokas* de ropas negras y luz infrarroja...

Salió de la estancia, para regresar casi inmediatamente con un sobre en la mano, que entregó en silencio a Frank Colé, con un gesto de leve perplejidad.

—Es para usted —dijo—. Traía la dirección de mi casa, pero va a su nombre. Extraño, ¿no le parece, Colé? ¿Quién sabía que usted venía hoy aquí?

—(Nadie —suspiró Frank, tomando el sobre cerrado. Luego, tuvo una fría sonrisa, en tanto sus ojos se iluminaban con un brillo de astucia—. Solamente la persona que está al otro lado del tablero, mejor dicho. . Este mensaje debe ser suyo.

Rasgó el sobre. Era un radiograma pero había sido depositado en la propia capital inglesa aquella misma noche. Frank leyó en silencio el texto. Luego, pasó el documento al coronel y su hermana, tras haberlo leído también Lena y Kwan por encima del hombro de su compañero.

El coronel puso sus ojos en el texto, dilatándolos con asombro. Leyó luego en voz alta aquel breve texto:

—«Enhorabuena. Ha abatido a mis peones. Salvó la Torre y el Caballo negros. Pero ahora mueven blancas. Esté preparado. B. K.»

En silencio, devolvió el mensaje a Frank. Los dos hombres se miraron largamente. Melissa exhaló un suspiro, encogiéndose con un estremecimiento.

—Es horrible —susurró—. Como si nos vigilasen constantemente, aquí mismo...

Frank levantó la cabeza. Miró a Melissa. Luego, escudriñó cada rincón de la casa. Asintió.

—Sí. Es algo así —admitió gravemente—. Ya les dije que era un

enemigo muy inteligente. Parece ver o intuir las cosas. Pero no creo que esté en Londres.

—Entonces, ¿quién pudo...?

—Es un tablero que él controla. Mueve sus piezas como un maestro. Recuerde que conocemos sus peones ahora. Como hemos conocido su alfil, ahora fuera de combate. Pero ¿qué sabemos de sus otras piezas decisivas, como la torre, el caballo... o la Reina? Pueden estar en el juego, como están las mías, coronel. Alguien al servicio de ese hombre, se mueve cerca de nosotros, nos vigila, nos acecha... y de alguna forma que no logro entender, se comunica con él y obedece sus órdenes.

—Suena muy fantástico...

—Todo lo es en esta partida, coronel; usted lo ha visto. Incluso ese coche que voló en pedazos, estoy seguro que estaba conectado al santuario del gran jugador. Era una pieza más a perder. Un simple peón.

Pero hay algo más. Alguien más... en alguna parte. De-todos modos, no adelantaremos nada charlando de todo ello. Como usted dijo, tal vez su amigo Lukas Forrester, desaparecido en el Nepal, sea una de las claves que me conduzcan a ese enigma.

—De modo que terminará yendo al Nepal —sentenció el coronel.

—Es muy posible —asintió Colé, sereno—. Y más lejos, ya se lo dije. Hasta donde esté mi enemigo. Recuerde que él es el Rey Negro... y yo el Blanco. Llegará un momento en que, como en toda partida de ajedrez, alguien tendrá que dar jaque mate.

—Si no termina en tablas.

—No, coronel. Presiento que ésta no es una de esas partidas. Aquí tiene que haber un ganador. Un solo. La victoria será la muerte del otro. El jaque mate, en suma. Ahora... buenas noches, amigos míos. Y gracias por todo.

—Gracias a ustedes —dijo Melissa emocionadamente—. Una vez más, quizá, les debemos la libertad... y la vida, Frank.

Y sus manos permanecieron, a juicio de Lena, demasiado tiempo entre las del joven *budoka* americano.

Capítulo VII
JAQUE A LA REINA

El día era típicamente londinense.

Gris, brumoso, con una ligera llovizna y un aire húmedo en las calles. Frank bajó la cortina de la ventana del hotel, regresando al interior de la habitación. Cambió una mirada pensativa con Kwan Shang.

—No creo que Stella Kendrick nos aclare muchas cosas —manifestó.

—¿Por qué enviaste entonces a Lena?

—Tenía que hacerlo. Hay que apurar todos los resortes, Kwan. Pero si ella llevaba tiempo alejada de su primo Forrester, es posible que nada sepa de sus últimos tiempos.

—¿Crees que la clave de todo está en estos últimos años de Forrester en Katmandú?

—Es muy posible, sí. Recuerda la historia de ese misterioso cultivador de narcóticos que desapareció casi al mismo tiempo que Forrester. Es todo muy misterioso, Kwan. Pero no creo que las cosas tengan su origen en el pasado, sino en el reciente.

—Sin embargo, el coronel y su hermana, sin ellos quererlo, nos metieron en esto. De no ser por su captura, no estaríamos ahora en esta situación, Frank.

—Es cierto. Pero recuerda que el coronel y Melissa llegaron a Katmandú, para dar con el paradero del viejo amigo, aunque fingiera él que era un simple viaje de turismo. Alguien temía que el coronel descubriese la verdad sobre la desaparición de Forrester, y actuó con rapidez.

—Y se llevaron a los Cavanaugh al Tíbet. ¿Con qué objetivo?

—No lo sé. Recuerda que una persona vendió un ajedrez en San Francisco. Y esa misma persona, era quien cultivaba la droga en Katmandú.

—El Nizam de Anwapur...

—Eso es. Estamos sobre su pista ahora. Pero porque él mismo nos la dejó trazada... si es que realmente el Nizam era el vendedor del curioso ajedrez del viejo Thai-Hong.

—Y el comprador, el señor de Dakai, Kadhar.

—Eso es. O son dos seres diferentes que existen en realidad, o son una misma persona... o todos ellos y nuestro enemigo forman un todo indivisible. Esa es una parte del misterio.

—Es para volverse loco, Frank. Nada de todo esto tiene sentido.

—Claro que no. Pero ha de tenerlo de alguna forma. Lo importante es encontrar la clave.

—Y ésa, no crees que la tenga Stella Kendrick, pese a su afición a coleccionar juegos de ajedrez.

—No, no lo creo. Pero puedo estar equivocado. A veces me siento realmente desorientado.

—¿Quién, entonces?

—No sé. Quizá Wendy Forrester, la hija de Lukas, quizá ese amigo de ambos que ahora comercia en Katmandú. ..

—¿Kadir Turan?

—Sí, eso es —sonrió Frank, mirando el astuto rostro de su joven amigo oriental—.Veo que has grabado el nombre en tu memoria.

—Me intrigó, eso es todo. A fin de cuentas es hindú, juega bien al ajedrez... y conocía a todos: los Cavanaugh, Forrester...

—Exacto. Y él no ha aparecido hasta ahora en el juego. Es una posibilidad, lo admito. Pero en fin, esperemos a ver qué consigue Lena de su visita a esa mujer. A fin de cuentas, ambas son mujeres, y pueden entenderse mucho mejor...

Y distraídamente, conectó el receptor de televisión en color, acomodándose ante él, como si le atrajese el programa que se transmitía. Kwan Shang, que conocía muy bien a su amigo y camarada, sabía que no era ningún aficionado a la televisión. Mientras clavaba sus ojos en la pantalla fluorescente, sin duda alguna el cerebro del rubio *budoka* estaría ocupado en algo que nada tenía que ver con las imágenes allí proyectadas.

Quizá tratando de imaginar cuál sería la próxima jugada de su formidable enemigo. Quizá intentando anticiparse a ella de alguna forma...

Transcurrieron unos minutos en silencio, sin más ruido en la habitación del hotel londinense que los que brotaban del receptor de TV. Kwan Shang se había acomodado junto a la ventana, hojeando una revista ¡lustrada y viendo caer la llovizna en el exterior.

De repente, Frank se puso en pie de un salto, con evidente excitación, cuando en la pantalla del televisor aparecían unas imágenes retrospectivas de la Reina de Inglaterra en la Abadía de Westminster. El colorido de la escena era brillante y luminoso. Pero Colé no parecía prestarle la menor atención a todo ello, pese a que su voz moduló unas palabras roncas:

—Kwan, la Reina...

—Sí, Frank —asintió el joven chino mirando distraído a la pantalla—. Ya lo veo. Es la Reina...

—Kwan, ¿no lo entiendes? Se me acaba de ocurrir. No sé, asocié ideas ante ese reportaje... La Reina, Kwan. Es una pieza clave del tablero. Quien la captura, lleva mucha ventaja sobre el enemigo... ¡Oh, Dios, ojalá lleguemos a tiempo! Vamos, pronto. Telefonea a este número, mientras yo me preparo. No pierdas tiempo.

Le entregó el papel que le diera Melissa Cavanaugh. Rápido, Kwan se precipitó sobre el teléfono, mientras Frank se vestía y calzaba con rapidez. Al final, colgó Kwan, mirando con extrañeza a Colé, que ya se encaminaba como una flecha hacia la salida de la estancia.

—No responden. Suena la llamada, pero nadie descuelga el teléfono —informó

—Me lo temía. Es el número de Stella Kendrick, la prima de Forrester.

-¿Y...?

—Kwan, recuerda lo que te dije. Alguien en Londres nos vigila muy de cerca. Se me debió de ocurrir antes. No debí dejar que Lena fuese sola a ver a esa mujer...

—¡Lena! —se alarmó Kwan—. ¿Qué ocurre con ella ahora?

—Es la Reina. *Nuestra* Reina de las piezas blancas, ¿recuerdas? Tallaron su rostro en una figurilla de marfil... como tú eres el alfil. Ojalá no ocurra lo que me temo...

* * *

Lena Tiger supo que algo ocurría. Se puso en tensión.

—Lo siento muy de veras, señorita Tiger, pero me relacionaba poco con Lukas últimamente, y nada sé de su actual paradero, salvo lo que todos saben: que desapareció de Katmandú, tras meterse en un feo asunto de narcóticos con un nativo llamado El Nizam, que desapareció como él... El Nizam de Anwapur, creo que era su nombre... Pero Lukas llevaba años lejos de Inglaterra, y yo en cambio estoy aquí desde hace mucho tiempo. Nunca me atrajeron las tierras hindúes desde que volví de ellas, y...

—Un momento —susurró Lena, haciendo un gesto autoritario y expresándose en un murmullo—. ¿Seguro que vive usted sola?

—Ciertamente —pestañeó Stella Kendrick, sorprendida, mirando a Lena con sorpresa—. ¿Ocurre algo, amiga mía?

—Es aquí, en su casa —susurró la mulata—. Ruidos. Hay alguien...

—Imposible —rechazó la prima de Forrester, mirando hacia la bella exposición de tableros con piezas de ajedrez de todo tipo, estilo y época, que formaban la mayor parte de la decoración de aquella estancia cuyo propio suelo, embaldosado de blanco y negro, parecía un gran tablero de ajedrez—. Estamos solamente usted y yo, ya se lo dije...

—He oído ruidos.

—Yo, no. Tal vez le pareció...

—No, señorita Kendrick —negó rotunda Lena, poniéndose en guardia —. Tengo un oído muy fino. Hay alguien en el vestíbulo de su casa. Y más de una persona...

Inquieta, Stella Kendrick giró la cabeza, intentó ir hacia allá. Lena la sujetó, musitando a su oído:

—No, no lo haga. Puede ser peligroso. ¿Hay otra salida de aquí?

—Sí —asintió Stella. Señaló al fondo, a un cortinaje que cubría un muro, con varios tableros orientales alineados ante el mismo—. Por ahí...

—Entonces, vamos —indicó Lena vivamente—. Es lo mejor que podemos hacer...

Avanzaron en esa dirección. Stella apartó dos tableros, y corrió la cortina. Apareció una puerta, que ella accionó, asomando a otra sala amplia, de mobiliario isabelino, hacia la que iniciaron su avance.

Se detuvieron en seco.

Hacia ellas, desde aquella habitación, avanzaban hasta cuatro hombres de pasos sigilosos, vestidos con ceñidas mallas oscuras. Lena captó en ellos la elasticidad y fuerza de auténticos luchadores.

Alarmada, giró la cabeza. A espaldas de ellas, procedentes del vestíbulo, venían otros cuatro hombres. Y éstos no eran luchadores. Vestían traje oscuro, con suéter de cuello alto de color negro. Dos de ellos llevaban pistola con silenciador. Los otros dos, arma blanca.

—¡Dios mío...! —gimió Stella Kendrick, palideciendo—. ¿Qué significa esto?

—Me temo que le he traído complicaciones —susurró Lena, en tensión, mirando a ambos grupos de adversarios como un tigre al acecho—. Vienen a por mí.

—No se resista —avisó fríamente uno de los hombres de pistola silenciosa—. Esos luchadores y nosotros tenemos las mismas órdenes respecto a usted: si hay resistencia, debemos matarla. Con un solo golpe de *karate,* de un disparo o de una cuchillada.

—Pero no moriré sola —silabeó Lena—. Usted lo sabe.

—Quizá. Pero el consuelo será muy dudoso. Morirá, de todos modos.

—¿Y si me entregase...?

—Respetaríamos su vida. Son órdenes.

—No lo creo. Quien les envía no conoce la piedad.

—Pero le promete lo que he dicho —sonrió glacialmente el otro—. Elija. Y pronto. Morir aquí, ahora... o vivir en nuestro poder. No hay alternativa.

Lena dudó. Los cuatro *karatekas* eran cuatro asesinos cuyos brazos constituían un arma más mortífera que cualquier otra. Podía vencer a dos de ellos, si todo iba bien. A aquella distancia, podía desarmar a dos hombres también. Pero quedarían cuatro enemigos con orden de matar. De eso no había duda.

Pese a todo, no quería entregarse. No le gustaba darse fácilmente por vencida.

—Si muero yo, habrá quien haga justicia. Y será implacable —aseguró.

El de la pistola se encogió de hombros. Su arma apuntaba a Lena. La de su compañero, a Stella Kendrick. Lena vaciló. Era la vida de la dueña de la casa la que ponía también en peligro con su actitud, si decidía luchar.

—Su tiempo se acaba —silabeó el otro—. Decídase. O apretaré el gatillo.

Lena lo intentó, pese a todo.

De repente, su pierna se disparó como movida por un resorte. De sus labios escapó un agudo grito que parecía vibrar en cada músculo de su felino cuerpo moreno, al tiempo que su increíble salto la separaba de Stella Kendrick, para evitar que las armas pudieran herir a la dueña de la casa.

Los bellos tableros de ajedrez saltaron, dispersándose las piezas por

doquier, al tiempo que el arma silenciosa soltaba un taponazo, y una bala zumbaba junto a Lena que, a su vez, logró conectar su pie en un espectacular *Yop-Cha-Ki,* o salto con la pierna derecha lanzada hacia adelante, de modo que el talón martilleo la mano que acababa de disparar.

Con un alarido de dolor, el hombre vio con asombro cómo perdía el arma silenciosa, y su brazo quedaba roto a la altura de la muñeca y el codo, por los dos impactos de aquel pie femenino, terriblemente demoledor.

Salió disparada hacia ella una navaja automática, que eludió con una finta agilísima... y la hoja de acero se hincó hasta la empuñadura en el vientre de uno de los *karatekas.*

Stella Kendrick lanzó un gemido de horror, cuando el hombre musculoso se desplomó bañado en sangre, aferrándose con crispado gesto de agonía la empuñadura del arma blanca, sobresaliendo de su abdomen.

Lena, como un felino humano de inconcebible fuerza y agilidad, ya había saltado de nuevo, esta vez repitiendo su grito anterior pero con voz potente, poderosa, estremecedora en su impacto psíquico:

—*¡KIAI!*

Y ambas piernas ahora, en un *AP-Cha-Ki* fantástico, se proyectaron hacia uno y otro lado, y un doble impacto aterrador aplastó el rostro de uno de los navajeros, quebrando con áspero crujido de huesos su nariz, su boca y mentón, en medio de un baño de sangre. Simultáneamente, otro de los *karátekas,* que se había lanzado sobre ella, a sus espaldas, para aferraría en una llave mortal, recibió el segundo de los impactos, con la pierna de Lena flexionada hacia atrás violentamente, pero con una elasticidad y armonía de movimientos dignos de una pantera negra.

El *karateka* aulló, convulso, realmente asombrado, cuando la segunda parte de aquel vertiginoso y demoledor *Ap-Cha-Ki,* le proyectó sobre la vidriera de una gran vitrina repleta de piezas de ajedrez en jade, marfil, ónix, alabastro y ébano, que se vinieron abajo entre millares de fragmentos de vidrio, al tiempo que el hombre golpeado por el pie zurdo de Lena, sentía crujir fatalmente su *Hichit* o nuez de Adán, ***atemi*** mortal de necesidad, y se desplomaba como fulminado, con la garganta quebrada.

La lucha empezaba a decantarse favorablemente a la increíble luchadora, cuando el segundo hombre de pistola silenciosa, tomó una rápida decisión. Rodeó con un brazo el pecho de Stella Kendrick, y apoyó en su mentón el cañón del arma, con gesto resuelto.

—¡Entréguese inmediatamente, o mataré a esta mujer! —silabeo—. ¡Aún puede salvar su vida, siendo nuestra prisionera, si se rinde ahora! Pero si sigue luchando, usted verá morir a esta mujer, y luego será su propia muerte...

Con respiración entrecortada, Lena se detuvo en seco. Miró, furiosa, hacia el arma apoyada en el mentón de la aterrorizada mujer. Supo que aquel hombre haría lo que decía. Los otros tres luchadores ilesos, la miraban expectantes.

—Está bien —suspiró Lena, amargamente, bajando los brazos—. Me entrego. No hagan daño a nadie por mi culpa.

Rápidos, los *karátekas* llegaron hasta ella. Uno le aplicó unas esposas a las muñecas. El otro a sus tobillos, dejándole luego caer sobre la alfombra. El hombre de la pistola apartó ésta del cuello de la aterrorizada Stella.

-—Muy bien —dijo—. Recoged a nuestros hombres y a esa maldita mulata. Vámonos de aquí. Ya está todo hecho.

Luego, esposó también a la dueña de la casa, sujetando su muñeca a un pesado mueble. Los agresores, silenciosamente, cargaron con sus muertos y heridos. También con Lena Tiger, que les miraba furiosa, impotente. Stella Kendrick, con rostro angustiado, se limitaba a contemplarlo todo.

Salieron de la casa los raptores con su presa. Abajo, en la calle, sonó el motor de un vehículo, alejándose.

Cuando sonó el teléfono de la casa, nadie lo cogió. Cuando llamaron en la puerta, tampoco. Pero momentos después, un hombre fuerte abatía esa entrada, y dos hombres aparecían ante Stella Kendrick.

Eran Frank Colé y Kwan Shang. Pero llegaban tarde.

Lo comprendieron, al ver las manchas de sangre, los vidrios rotos y los juegos de ajedrez volcados. Los ojos de Frank se clavaron en Stella Kendrick. Ella estalló en sollozos. Era una mujer atractiva, de unos cuarenta años escasos.

—¿Qué sucedió? —fue la áspera pregunta de Colé.

—Ocho hombres... —susurró ella—. Cuatro luchadores y cuatro armados... Se llevaron a una mujer de color, Lena Tiger...

—Ella es amiga nuestra. ¿Qué pasó aquí?

—Ella abatió a varios. Creo que algunos estaban muertos. Pero me amenazaron a mí, y ella se entregó entonces... —se apoyó Stella Kendrick en el fuerte pecho de Colé, como buscando allí consuelo—. Ella... ella era maravillosa luchando. Pero no podía vencer a todos...

—¿La hicieron daño? —fulguraron los ojos de Colé al preguntarlo.

—No, no —negó ella—. Se limitaron a esposar sus muñecas y tobillos. La llevaron consigo. Creo que traían un camión o algo así. Se fueron todos en él... Era un solo vehículo,

—Sí, sin duda lo bastante amplio. ¿Hablaron de algo?

—Sólo le pedían que se entregase. Si no lo hacía, la matarían.

—¿Y si lo hacía?

—Prometieron respetar su vida. ¡Oh!, ¿quiénes son ustedes y qué significa todo esto? Ella sólo quería hablar de mi primo Lukas Forrester... y parecían interesarle mucho los. juegos de ajedrez de mi colección...

—Es una larga historia, señorita Kendrick. Pero ya hablaremos de ello. Ahora hay que avisar a Scotland Yard... aunque mucho me temo que no sea fácil dar con Lena Tiger ahora. Ha sido un perfecto jaque a la Reina.

—¿Cómo? —pestañeó ella, entre sus lágrimas, mirando al atractivo y rubio joven contra cuyo pecho se apoyaba, sin dar señales de apartarse aún.

—Esa... es otra larga historia, señorita. Algún día se la contaré. Pero puesto que tanto le gusta el ajedrez, sepa que ha asistido a un jaque a la Reina que puede ser decisivo. Ahora, he perdido una de mis más valiosas piezas. Y ni siquiera puedo tomar otra pieza enemiga a cambio... al menos por el momento. Pero esto no se equilibrará, como cualquier partida de ajedrez, a menos que yo también dé jaque a su Reina...

Stella Kendrick no parecía entender nada, pese a que el ajedrez fuese su debilidad, al menos como exótico elemento de *hobby* coleccionista. Ni Frank Colé se molestó en explicárselo.

Capítulo VIH
KATMANDU

Esta vez, el mensaje era más breve aún:

> «Reina capturada. Jaque al Rey. La partida parece que se acerca a su fin. B. K.»

Era todo. Kwan arrugó con disgusto el mensaje depositado en el hotel londinense a nombre de Frank Colé.

—¡Maldito individuo...! —jadeó—. Llega a ser irritante...

—Eso es lo que él quiere. Que perdamos la serenidad y actuemos alocadamente. Un buen jugador de ajedrez nunca se inmuta. Sigue la partida con calma, con frialdad.

—¡Pero esto no es una partida de ajedrez! —estalló Kwan, airado—. ¡No hemos perdido una simple pieza, sino a Lena, a nuestra compañera! ¡Puede estar en peligro!

—Claro que puede estarlo. Está en poder del enemigo, y eso es suficiente. Tal vez respete su vida, porque ello forme parte de su juego, pero nada más. No le importaría hacerla matar. No conoce la piedad. Sólo que mientras ella viva, juega con nosotros cruelmente. La incertidumbre es un arma a su favor.

—Ni siquiera podemos saber si respeta su vida, Frank.

—Exacto. Por eso no le preocupará matarla. No aún. Quizá cuando ya rae tenga a mí acorralado... o a punto de aniquilarme... me obsequie con algo más cruel todavía, como puede ser la ejecución de Lena. Es muy capaz de ello, estoy seguro.

—Frank, aún quedamos los dos. La partida no está perdida.

—Lo sé. Una partida nunca se pierde, mientras hay-una sola esperanza de contraatacar y nivelarla. Pero, como tú dices, no estamos jugando con piezas inanimadas sino con vidas humanas. Y Lena es la vida más preciada para nosotros.

—¡Oh, Frank! Si pudiéramos hacer algo por rescatarla, por salvar su vida...

—Sólo podemos hacer una cosa. Y él lo sabe. Por eso atacó a nuestra Reina.

—¿Cuál es? —preguntó ávidamente Kwan.

—Katmandú.

—¿Quieres decir... viajar allá?

—Eso es. Viajar a Nepal. Era inevitable hacerlo. Parece que ha llegado el momento de entrar en campo enemigo con nuestras piezas de ataque. Lo malo es que él lo sabe y lo espera. De otro modo, no estaría Lena ahora en su poder, sino muerta.

—Si conoce nuestro próximo movimiento, hará algo para que fracase.

—Claro que lo hará —sonrió dura, sombríamente, el joven *budoka*—. Pero no podemos hacer otra cosa. Recuerda que es jaque al Rey. Y éste sólo puede moverse de un modo limitado en el tablero.

—Empiezo a estar harto de todos esos símiles ajedrecísticos.

—Y yo, Kwan —suspiró Colé amargamente—. Pero no nos queda otro remedio que seguir su juego. Ese individuo sabe lo que se hace... Pero quizá ignora algo. Que yo también puedo atacar a su Dama...

—¿Dama? ¿Te refieres a la reina del juego? —pestañeó el joven chino.

—Sí. Pieza por pieza, recuerda. Forma parte del juego. Y eso, él no lo espera.

—-Pero... pero él *NO TIENE* reina, que yo sepa. .

—Todo tablero tiene *DOS* reinas. La nuestra, es Lena. Lo único que nos diferencia es que él nunca nos dijo cuál es su reina, pero detrás de todo hombre poderoso, inteligente, astuto y calculador, hay casi siempre una mujer.

—¿También en este juego?

—Creo que sí. Por eso te dije que voy a dar jaque a su reina... y a comerla yo también. Eso puede nivelar de nuevo la lucha. Y estaremos en su campo, o cerca de él. Muy cerca del Rey Negro. En Katmandú, Kwan...

—Lo siento, Frank, pero... no lo entiendo del todo.

—No importa —sonrió Frank, meditativo, y algo en su sonrisa casi asustó a Kwan Shang. Nunca había visto tan fría y severa decisión en el rostro de su amigo y camarada—. No importa. Pronto lo entenderás... en Katmandú

* * *

Katmandú.

Puerta al misterio. El lugar más abigarrado, fantástico e inquietante de Asia. Umbral de las nieves eternas del Tíbet. Encrucijada del mundo de las drogas y los alucinógenos. Un sitio diferente a todos.

Color, vida, miseria, esplendor, sordidez y opulencia, belleza y fealdad de un mundo distinto. De los umbrales de un sueño o de una pesadilla. Eso era Katmandú. Eso, y mucho más.

Gentes de mil razas diversas. Peregrinos de todo el orbe. Drogadictos y fanáticos, esotéricos y escépticos, fakires y comerciantes, monjes y bandidos, turistas y locos. Katmandú, en una palabra.

—Ahí la tienen —dijo, sombríamente, Kadir Turan, señalando con su mano morena al interior de aquella tienda de alfombras, perfumes y mil especias heterogéneas—. Querían verla, ¿no es cierto? Bien. Pues ya la ven...

Frank Colé no dijo nada. Avanzó hacia la figura tendida en las alfombras. Una pura piltrafa humana, o poco menos. La juventud era ya casi un espectro evasivo. El rostro, una pálida mancha de gesto ambiguo y lejano. La mirada, un triste lago insondable v quizá vacío.

—Wendy Forrester... —musitó Colé—. Es lo que queda de ella.

—Desde que desapareció su padre —asintió gravemente Kadir Turan, inclinando la cabeza envuelta en la seda azul del turbante—. Nadie puede hacer nada por aquí. Aquí hay muchos así. La gente no ayuda a los demás. Yo lo intenté. La saqué tres veces de estos lugares. La llevé a un hospital. Fue inútil. Volvió a la droga. Y así sigue.

—Pero ¿por qué? —se interesó Kwan.

—No sé. Desequilibrio, locura, desesperación... Comenzó cuando su padre desapareció de Katmandú. Ella quería buscarle primero. Al ver que ello no era posible, se dedicó a eso. Disimuló ante esos amigos de Londres, los Cavanaugh. Casi dio la impresión de ser una chica normal. Luego, se derrumbó. Y ahí sigue...

—De modo que nada se puede hacer por ella.

—Nada. No aquí, cuando menos —suspiró el hindú, amargamente.

—De todos modos, volverá al hospital. Yo me encargo de eso.

—¿Cree que ganará algo? Escapará de nuevo. Volverá a arrastrarse entre los narcóticos.

—Si vuelvo a Occidente, alguna vez, con vida, ella vendrá con nosotros —dijo Colé con firmeza—. Lo intentaré todo, Kadir.

—Tal vez allí tuviera éxito. Es... otro mundo. Le costaría, pero puede que al final se venciera a sí misma, no sé... Es todo tan difícil...

Frank no dijo nada. Hizo un gesto a Kwan. Este avanzó. Cargó en sus brazos con aquella frágil figura humana, rota y vencida. Wendy Forrester ni siquiera hizo acción de defenderse o resistir. Sencillamente, se dejó llevar, sumida en aquel letargo provocado por los estupefacientes de la ciudad de las drogas.

Kwan partió hacia el coche, alquilado al llegar a

Katmandú. Iba a llevar a la hija de Forrester al hospital, aunque Kadir Turan dijera que no había remedio para ella. Colé se quedó ante el hindú, junto a la tienda de multicolores alfombras, donde se podía comprar cualquier baratija, o fumar opio o cualquier otra hierba alucinógena.

—Ahora, hablemos de Forrester —dijo, lentamente, Cole.

—Si ello sirve para algo... —se encogió de hombros Kadir.

—Usted le conoció bien.

—Sí, bastante bien. Pero eran otros tiempos. No aquí, sino en la India, en Nueva Delhi, en Calcuta... Los años han pasado desde entonces.

—Sí, los años siempre pasan de prisa. Kadir, usted era un buen jugador de ajedrez, ¿no es cierto?

—Sí —pestañeó el hindú, su moreno rostro frente al de Cole, los negros ojos profundos fijos en el *budoka* americano—, ¿por qué lo pregunta?

—Porque creo que Forrester también era bueno.

—¿En ajedrez? Era el mejor. Nos derrotaba a todos. A Cavanaugh, a mí... Al que él quisiera. Era un coloso.

—Sí, entiendo. ¿Usted ha seguido jugando?

—Bueno, siempre se juega alguna vez, pero de tarde en tarde. Nunca he olvidado a Forrester. El sí que era bueno.

—Eso me contó Cavanaugh. Al parecer, él era muy inferior.

—¿El coronel? Por supuesto. Mediocre, tirando a malo. Y lo sabía —rió, mostrando su doble hilera de blanquísimos dientes—. Pero no habrá venido hasta Katmandú para hablarme de ajedrez, señor Cole...

—Aunque le sorprenda, el ajedrez es importante, ahora, en mi vida —sonrió Cole—. Muy importante. Pero dejemos eso. ¿Conoció usted al Nizam?

—¿El Nizam de Anwapur? Claro. No mucho, porque era un tipo muy misterioso, pero le conocí. También él desapareció, tras el asunto del nuevo narcótico.

—Lo sé. ¿Existía ese narcótico?

—Claro que existía. Era el más caro del mercado.

Escaseaba. Y era un alucinógeno increíble. De raras propiedades. Podía influir mentalmente en las personas, hacerlas dóciles a una voluntad ajena... Era una droga de incalculables efectos y resultados. De repente, las dosis dejaron de existir en el mercado de Katmandú. Su cultivador desapareció, tras arrasar su cultivo y destruir la droga. Nunca más hemos sabido nada de Mahji Rand, el Nizam de Anwapur. —Pero Anwapur existe...

—Anwapur es una región del Tíbet, no lejos de Gyangtsé... Pero no hay ningún Nizam conocido allí, señor Cole. Y yo conozco bien estas regiones.

—Gyangtsé... —repitió Frank, entre dientes—. Conozco el lugar. Estuve una vez. Hablé con él Lama...

—Veo que es un hombre que llegó lejos. Más allá de Gyangtsé, hay una zona poco o nada explotada. Es Anwapur. Tal vez haya un Nizam, realmente. Pero nadie lo ha visto nunca. Mahji Rand debía de ser un simple farsante.

—O tal vez no. ¿Es en Anwapur donde se dice que las leyendas tibetanas sitúan el palacio de hielo de un brujo invulnerable?

—>¡Bah! Nunca haga caso de leyendas tibetanas —se encogió de hombros, Kadir—. Allí, la gente tiene mucha fantasía y muchas supersticiones remotas. Acostumbran a inventarse hermosas leyendas que sólo son eso: leyendas.

—Tal vez no todo sea leyenda, Kadir. ¿En Katmandú es conocido alguien llamado Kadhar, señor de Dakai?

—El señor de Dakai... —hubo una repentina nota de respeto en el hindú —. Claro que lo hay. Mora en las afueras de esta ciudad, precisamente en la ruta hacia el Himalaya. No tiene pérdida. Dakai es una aldea, pero en su colina se alza el palacio de Kadhar, señor de Dakai...

—Y él... ¿quién es?

—Un noble hindú. Un aristócrata muy rico. Pertenece a las castas superiores. Es como un dios para sus súbditos. Eso también forma parte de las tradiciones de este país.

—¿Le ha visto personalmente alguna vez?

—¿Al señor de Dakai? No, no es fácil verlo.

—¿Por qué?

—Siempre mora en aquella mansión de la colina. No sale nunca, o si lo hace, es de incógnito y sin mostrar su rostro a nadie. A veces, permanece largo tiempo en lugares remotos, ausente de su palacio, pero nadie sabe adónde va.

—Yo sí creo saberlo, Kadir.

—¿Usted? —el hindú parpadeó, revelando estupor—. No es posible. No puede saber tantas cosas de aquí... j ¿Qué clase de hombre es usted, señor Cole?

—En estos momentos, un hombre que lucha por su vida. Y por la de sus amigos. Eso es todo. Y que estoy tratando de dar jaque mate a alguien. Alguien lo bastante poderoso para ser, a la vez, morador de dos palacios de fábula. Uno, el de la colina de Dakai. Otro... el palacio de hielo de las cumbres de Anwapur.

—Pero ésos son dos hombres diferentes... un bandido, cultivador de drogas... y un noble señor de alta casta...

—No, Kadir —negó Cole, rotundamente—. Nada de . eso. Son una misma persona. Los dos son la misma a quien yo busco. Y a estáis alturas, él sabe que yo también he dado jaque mate a su reina...

Y saludando cortés, risueñamente, Frank Cole se alejó de Kadir Turan, que se quedó contemplándole con expresión hermética, antes de dar media vuelta, y regresar al edificio de sus oficinas comerciales de exportación e importación, de donde le sacara la visita de Frank Cole, cuando llegó preguntando por el paradero de Wendy Forrester, la hija del desaparecido Lukas Forrester.

* * *

—Ya lo sabes Frank. Aquí tienes la prueba. Ha llegado en tu ausencia.

Frank Cole no dijo nada. Sonrió misteriosamente, y tomó el papel de manos de su amigo Kwan. Este le miraba con brillantes ojos almendrados. El texto era brevísimo, ahora:

> «¿Cómo lo supo? Sé que es jaque a mi reina. Estamos frente a frente.»

Ni firma, ni más detalles, Frank Cole apretó los labios, dejando el escrito sobre una mesita de madera con incrustaciones de nácar. Luego, miró a Kwan, bajo el girar monocorde del ventilador en el techo de la habitación del hotel.

—Lo sabe —dijo—. Esperaba algo así. Ahora sabe, también, que vengo dispuesto a todo. Es el enfrentamiento decisivo, lo sé.

—¿Por causa de la reina?

—Sí, Kwan. Igual que nosotros hemos venido aquí, a combatir por Lena, él lo hará por su dama.

—Tendría que preguntarte lo mismo: ¿cómo lo supiste tú?

—No fue difícil. Tenía que haber alguien... Alguien que recibía órdenes de nuestro adversario, directamente. Empecé a pensar. Los mismos símiles del ajedrez me dieron la clave. Tenía que haber una reina en alguna parte. Y esa reina era la que jugaba la partida en nombre de él. Adivinado eso, no me costó mucho saber quién era la mujer que podía estar dominada mentalmente por nuestro adversario.

—Pero una mente humana, a esa distancia...

—Recuerda algo en lo que no pensamos demasiado: la famosa droga desconocida, el hallazgo del Nizam de Anwapur en Katmandú. La flor milagrosa que actúa sobre la mente humana. La sensibiliza, sin duda, hasta el punto de hacerla dócil a la voluntad ajena. Una persona con suficiente poder mental e hipnótico, manipularía a una persona en esas condiciones, sin duda alguna. Pero siempre, claro está, con la ayuda de la droga misteriosa.

—De modo que ella es una drogadicta...

—En cierto modo, sí. Pero de una droga muy especial que, sin duda alguna, no deja nuestras evidentes de su uso ni altera otras funciones psíquicas que esa lucidez mental extraordinaria, capaz de convertir a un ser humano en vehículo de distantes emisiones del pensamiento ajeno.

—En suma: un receptor de ideas a larga distancia...

—A larguísima distancia —asintió Cole—. Para la mente humana, debidamente desarrollada, no pueden importar distancias, si el cerebro receptor es altamente sensible, como en este caso.

—¿Y cómo llegó ella a... a empezar a drogarse?

—Es obvio, ¿no? —rió suavemente Frank Cole—. Ella estuvo antes en Katmandú... y ahí empezó todo.

Y Frank Cole, con un movimiento simple de su mano, abrió la puerta de la estancia contigua, donde yacía en un lecho una mujer inconsciente, como en letargo.

Esa mujer era la dulce y bella Melissa Cavanaugh, la hermana del coronel.

La Reina de las Negras, en el tablero de ajedrez de aquella partida a vida o muerte.

Capítulo IX
JAQUE MATE

La puerta se volvió a cerrar suavemente, tras examinar Cole a la mujer dormida en el lecho. Kwan Shang le miró, .pensativo, antes de hablar:

—Frank, ¿crees que esto resultará?

—Tiene que resultar —asintió él.

—Puedes estar en un error. Quizá ella no le importe nada.

—Quizá —admitió Cole, arrugando el ceño—. Pero quiero pensar que sí le importa, que no la eligió al azar. El coronel nunca supo que ese hombre se fijaba en su hermana Melissa y la hacía objeto de sus planes ocultos. Por ello cuando fueron raptados, el acto, en sí, no tenía sentido. Lo tiene, a la luz de mi teoría. No era el coronel quien le importaba a nuestro misterioso personaje. Era ella, Melissa. Ya era suya. Le pertenecía mental y psíquicamente, gracias a la droga misteriosa. Y ni siquiera Melissa, de un modo consciente, debía de saber eso. Creo que la droga crea una especie de segunda personalidad, ajena a la primera. Hay la Melissa normal, consciente... y la inconsciente esclava del Nizam.

—De modo que, definitivamente, es el Nizam el enemigo con quien te enfrentas.

—Es el Nizam y es Kadhar, señor de Dakai. —¿Por qué crees eso?

—Es una corazonada. La tuve desde el principio.

—De modo que él te dio la clave en San Francisco...

—Fue un alarde de audacia suyo. Nunca pensó que llegase, yo, tan lejos.

—Y ahora... te presentas aquí con su dama... cautiva.

—Eso es —dijo, irónicamente, Cole—. Melissa Cavanaugh, raptada por mí, provista de falsos documentos, con una identidad falsa, y presuntamente enferma. Así la hemos traído a Katmandú, y ahora su amo y señor a distancia, sabe que no tiene cerebro receptor, sabe que la hemos descubierto y está en nuestro poder.

—Y, por lo tanto, tiene que pasar a la ofensiva de nuevo. O cambiar las damas.

—Sí. El sabe que yo nunca liaría daño a Melissa, y menos siendo, conscientemente, inocente de todo. ¡Pero desea que sea suya, llevarla definitivamente consigo. Y tema, sin duda, que yo logre aislarla, deshacerla de ese lazo psíquico con su mente, y la pierda de modo definitivo. Hará lo que sea para evitarlo. Lo sé.

—Pero un hombre con sus recursos... Puede que nos extermine, que rescate a Melissa fácilmente... Aquí, en Katmandú, estamos a su merced...

—No tanto, Kwan, no tanto —suspiró Frank Cole, pensativo, contemplando la puerta cerrada—. Yo no me hubiera metido voluntariamente en la boca del lobo sin tomar, antes, las debidas precauciones...

—¿Qué clase de precauciones?

—Quizá pronto las veas... —fue el comentario enigmático de Cole, encogiéndose de hombros.

Apenas había dicho eso, cuando tras la puerta cerrada sonó algo parecido a un zumbido prolongado. Rápido, Frank se movió en esa dirección v abrió la puerta. Kwan le siguió.

Los ojos del joven oriental revelaron su sorpresa ante la escena que tenía lugar dentro de la habitación.

Un par de hombres se hallaban ante el lecho donde aparentemente en letargo, reposaba inconsciente Melissa Cavanaugh. Uno de ellos estaba cayendo, como fulminado. El segundo, se tambaleaba, con gesto de estupor, y trataba de retroceder, asustado. No llegó a alcanzar la ventana que utilizaran para entrar. Rodó a sus pies, inconsciente.

Ambos eran hindúes de oscura piel y turbante marrón. Vestían una camisa india y unos pantalones livianos, con sandalias. Kwan los contempló, perplejo.

—¿Quiénes eran?

—Gente de nuestro enemigo. Pero no venían a rescatarla. No puede pensar que fuese tan simple. Sencillamente, hizo una prueba. Ahora debe saber los resultados.

—¿Por qué?

—Debían ser drogadictos de su famoso alucinógeno. Es decir, fieles servidores controlados a distancia, mentalmente. Ahora sabe que, apenas se aproximaron a Lena, perdieron el conocimiento. Sabe, pues, que sus hombres no pueden acercarse a ella.

—Ya lo he notado, pero no me has contado el secreto...

—Es una de las medidas precautorias que adopté. No puedo permitirme el lujo de perder, ahora, a la dama enemiga. Es mi mejor triunfo, Kwan. He depositado en su cuerpo y en ese lecho unos detectores muy sensibles que obtuve en Londres, a través de los servicios técnicos de Scotland Yard, antes de emprender este viaje. Esos detectores, apenas se aproxime al lecho alguien que no lleve otros como los que yo apliqué a mis ropas y a las tuyas, sin tú saberlo, actuarán, haciendo fluir de unos depósitos anexos, un gas narcótico muy poderoso.

—Ahora, él lo sabe; tú lo has dicho. Puede usar gente con máscara antigás...

—Es otra jugada prevista —rió, suavemente, Frank Cole, con gesto irónico—. El ajedrez ha aguzado mis reflejos. Debo anticiparme al contrario. Si utiliza gente con máscaras antigás, recibirán otra clase de sorpresa. Cuando falla el gas, actúa un segundo procedimiento: agujas con una sustancia paralizante. Basta un leve roce en la epidermis para inmovilizar a cualquiera. Y aun eso, si se prevé con ropas herméticas y protectoras, hará que entre en acción un tercer sistema de seguridad: un gas que no necesita ser aspirado, sino que penetra a través de cualquier tejido y, apenas toca la piel, provoca el desvanecimiento fulminante del afectado. Son todos métodos del Servicio de

Inteligencia británico. Ellos verían con muy buenos ojos que esa nueva droga alucinógena, de la que tienen noticias, no llegue nunca a comercializarse e invada los mercados de Occidente. Por eso me ayudan en esto, Kwan.

—Eres increíble —murmuró el joven chino—. ¿Dónde pusiste esos detectores que impiden que nosotros seamos atacados por las armas protectoras?

—En algunos botones de tu chaqueta —rió Cole—. Son muy pequeños, pero altamente sensibles. Maravillas de la moderna técnica, Kwan... Como los infrarrojos que usaron aquellos luchadoras que nos atacaron en casa de los Cavanaugh, en Londres... Esa misma noche, empecé a sospechar de Melissa, sin saber la razón. Luego, cuando me facilitó las señas de Stella Kendrick, y Lena fue raptada allí, ya no tuve duda alguna: ella era la receptora de las órdenes de mi enemigo.

Aquella noche, otros dos intentos de rescate de Melissa Cavanaugh, fracasaron estrepitosamente. Nuevos atacantes, provistos de máscaras y de trajes herméticos, lo intentaron, cayendo desvanecidos o quedando paralizados. La policía de Katmandú se hizo cargo de ellos gustosamente. Todos eran gentes de mala fama en la región. Maleantes habituales, al servicio de un genio del crimen... y del ajedrez.

Frank Cole no se acostó aquella noche. Esperaba algo Sabía que no podia tardar.

Y ese algo, llegó con las primeras horas de la mañana. Era otro mensaje. Esta vez, más amplio. Más concreto:

> «Cole:
>
> »Esta batalla podría terminar en tablas. Bastaría que canjeáramos las dos reinas y olvidásemos la partida. Pero siempre odié las tablas. Tiene que haber un ganador y un perdedor. Ha hecho una gran partida. Admito que ambos estamos en jaque mutuo. Puede ser mate en cualquier momento para uno de los dos.
>
> »¿Por qué no jugarlo todo a una sola jugada?
>
> «Responda. Si acepta, nos enfrentaremos. Tiene mi palabra de que no le haré trampas. Soy jugador, ante todo. El ajedrez es un juego noble, aunque despiadado. Deje un mensaje en su casilla del hotel. A nombre de B. K. Lo recibiré. Y tendrá mis instrucciones para la batalla final.»

—No pensarás aceptar esas condiciones, Frank... —se asustó Kwan Shang.

—¿Por qué no? —sonrió Cole—. Es lo que vine a buscar, después de todo. Aceptaré, Kwan. El dice la verdad. Es un ser sin conciencia ni piedad, pero es un jugador. No intentará engañarme. No habrá trampas.

—Pero será un duelo a muerte...

—Lo sé. Es jaque mate para uno de los dos. No lo niega en absoluto. Tú te quedarás con Melissa Cavanaugh, aquí. Es nuestro único rehén. Vigila bien, Kwan. mientras todo siga igual, no se podrán aproximar a ella. Si no vuelvo... habrá vencido él. Intenta, en tal caso, canjear a Melissa por Lena. Y volved a San Francisco los dos.

—Frank, no puedes hablar así... —se estremeció Kwan.

—Hay que preverlo todo —dijo Cole serenamente, empezando a escribir su respuesta al gran jugador oculto—. Pero ten por seguro que intentaré regresar. Que lucharé hasta el fin, por ser yo quien dé jaque mate...

* * *

Ya habían llegado.

Frank Cole no se sorprendió demasiado. Miró en torno, indiferente. Ni siquiera le habían vendado los ojos. No valía la pena, evidentemente. Si salía de allí, habría triunfado. Y el señor de Dakai estaría muerto.

Si perdía... nunca abandonaría ya la mansión palaciega de la colina, donde Kadhar, señor de Dakai, muraba cerca de Katmandú.

—Adelante, señor —dijo, ceremonioso, un servidor hindú de plateado turbante y pulcro traje blanco de nativo—. El gran señor le espera en su tablero...

Habían cruzado numerosas estancias del palacio, tras haber sido conducido hasta Dakai por los siervos silenciosos de su enemigo, y, una vez allí, introducido en el hermoso palacio de mármoles y piedra, donde le aguardaba el duelo final.

Ahora, ante una bellísima puerta nacarada, adornada con dos figuras de ajedrez incrustadas en marfil y ébano, esperó, expectante. Sabía que era el paso decisivo. El final del camino. La última jugada.

Se abrió la puerta majestuosamente. Una luz dorada e intensa le llegó del interior. Solemnes, respetuosos, los servidores elegantemente ataviados se quedaron fuera, a la expectativa.

Frank Cole entró.

—Era cierto. No era sólo una estancia. Era un tablero. Un gran tablero de ajedrez. . _ Un suelo terso, pulimentado, hecho de maderas preciosas. Blanco y negro. A cuadros. Sesenta y cuatro grandes cuadrados blancos y negros. El gran tablero de un maníaco del juego del ajedrez.

Se quedó mirando al fondo. La puerta, silenciosa, se cerró tras él. Se quedaron solos los dos hombres. Los dos enemigos. Blancas y negras.

Realmente, su antagonista cumplía el papel, hasta el fin. Turbante negro, de seda, con un rey de ajedrez en diamantes, prendido sobre la prenda de su cabeza. Ropaje negro, de seda, a la usanza hindú. Rostro hermético, figura majestuosa, aire grave, solemne.

—Buenas noches, señor de Dakai —saludó Cole, fríamente—. ¿O prefiere el título de Nizam de Anwapur? ¿O, simplemente... LUKAS FORRESTER?

Lukas Forrester, el hombre alto, de rostro cetrino, de singular semejanza con la marchita belleza de Wendy, la joven víctima de las drogas, le contempló larga, glacialmente, desde el otro extremo del tablero blanco y negro.

—¿Me conoce, Cole? —preguntó, seco. —No. Nunca le vi. Ni siquiera una fotografía suya. —Pero lo imaginó. Lo mismo que imaginó lo de Melissa...

—Sí, así es. Desaparece el Nizam, desaparece Forrester... Ambos podían ser UNA SOLA persona. Con el señor de Dakai, TRES personas en una, no dos. Frank Forrester no quería ser hallado por los Cavanaugh. Pero sí quería ver a Melissa Cavanaugh, quedarse, para siempre, con ella...

—¿Sabe, también, por qué?

—Lo imagino —suspiró Cole—. No es hermana del coronel, ¿verdad?

—No, no lo es. Aunque él lo crea. Sólo es hija de su madre... y mía.

—Debí suponerlo. El mayor amor de un hombre por una mujer, cuando hay cuarenta años de diferencia casi, entre uno y otra... Amor de padre, no de amante. Era eso. En cambio, Wandy Forrester...

—Ella tiene mi apellido. Pero es la hija de mi difunta esposa con otro hombre. Así son, a veces, las cosas en la vida.

—Y su interés por el coronel Cavanaugh, para hacerlo secuestrar por el Triturador...

—Simple odio —rió, suavemente, el hombre de negros ropajes—. Le odié siempre: El tuvo la culpa de que su madre, Claire, muriese en la India. La trató mal. Muy mal. Por eso Claire, aunque era algo mayor que yo, por entonces... tuvo conmigo una hija. Cuando ya no tenía ningún otro hijo, porque su esposo, tan cruel y poco afectuoso como su hijo mayor, el coronel, estaba enfermo y a punto de morir. Melissa es hija mía. Y merece vivir conmigo; no con ese viejo amargado, lleno de viejas ideas colonialistas...

—Forrester, nada de eso le exime de culpas. ¿Poiqué planeó este juego criminal? ¿Por qué quiso ven gar, en mi persona, a ese monstruo, el Triturador?

—Porque ese monstruo, Cole... era mi hermano.

—Ya —Frank inclinó la cabeza—. Eso no lo sabía. Pero debí haberlo imaginado. Nadie me habló nunca de un hermano suyo...

—Era asunto tabú. Mi hermano Spencer se unió a los hindúes. Fue un renegado. El coronel Cavanaugh, personalmente, le hizo mutilar. Le cortaron la lengua y las manos. Los gloriosos soldados del Imperio... —soltó una dura risita—. Sí, Cole. Así fueron las cosas. Cavanaugh ni siquiera sabía que era hermano mío. Lo hubieran hecho igualmente. Para él, un renegado era siempre un renegado, y nada más. Yo logré que Spencer sobreviviese, desfigurado, torturado, hecho un anormal mutilado. Yo logré aplicarle

aquellas manos, adquiridas a peso de oro. Se deformó, creció anormalmente, al fallarle su cerebro. Pero seguía siendo mi hermano. El me traía a los Cavanaugh, cuando usted intervino... y murió Spencer. ¡Oh, cómo le odié, Cole!

—El odio no es el mejor camino. No debió hacer de su hermano un monstruo asesino. Aun enfermo, pudo ser inofensivo, no cruel ni violento.

—Había demasiado odio en mí para otra cosa. Y aún lo hay... —miró a Cole—. Bien, Frank Cole. Ya sabe que siempre fui un gran jugador de ajedrez...

—El mejor —asintió Frank—. Eso también me hizo sospechar de usted, Forrester. Pero parecía todo tan absurdo, tan sin sentido,..

—Ya ve que no era así —hizo un gesto a un lado. Se abrió una puerta. Tras ella, aparecía Lena Tiger, tendida en un sofá, bien atada. Frank se estremeció. Al lado de Lena había dos servidores silenciosos e inexpresivos.

—Lena... —jadeó Cole, roncamente, dando un paso adelante.

—¡Cuidado! —avisó su antagonista fríamente, alzando un brazo—. No se mueva. De usted, exclusivamente, dependerá su jaque mate., o el mío.

—¿Qué quiere decir?

El rey sólo se mueve de uno en uno. En todas

direcciones. Yo sé los secretos de este tablero —señaló hacia la línea final, cercana a Cole—. Sitúese allí, en el cuadro del rey blanco que le corresponde. Eso es. Quieto ahí. No pise otro cuadro aún. Yo he jugado el último, al intentar, en vano, rescatar mi reina en jaque. Ahora, juegan blancas. Pero cuidado. Mire adonde va. Según el cuadro que pise, provocará su fin... o el mío. Tiene cinco sitios adonde ir. Cinco cuadros. De ellos, tres le son adversos. Son su muerte cierta. Debajo de cada cuadro, activaría un resorte mortal que acabaría con usted. Pero si atina con los otros dos... Cualquiera de ellos será mi final. Porque activará el resorte de muerte que hay debajo de mi propio cuadro.

—Tengo desventaja —replicó fríamente Cole, mientras Forrester se situaba sobre su respectivo cuadro de rey.

—Es mi única jugada de ventaja —rió Forrester, burlón—. Pero usted tiene suerte. Puede salir bien de aquí.

—Supongamos que es así. ¿Qué harán sus servidores?

—Tienen órdenes. Ordenes que ellos jamás desobedecen. Soltarán a Lena Tiger, y les dejarán ir a todos ustedes, sanos y salvos. Este palacio será destruido. Es mi testamento.

—Y si pierdo...

—Lena Tiger será libre, igualmente. A cambio de Melissa, mi hija. Y usted será enterrado dignamente en mi palacio, como un gran enemigo al que vencí. Es todo.

—Muy bien. Adelante, pues —Cole miró a sus pies, al cuadrado donde pisaba. Luego, contempló los cuadros en derredor. Tres, su muerte. Dos, su salvación.

Puro azar. Fortuna definitiva... o el fin.

—Ocurra lo que ocurra, Cole... perdone todo esto. No pude evitar hacerlo a mi modo. Pero intenté ser un enemigo leal, pese a todo.

—Lo sé —Cole afirmó despacio—. No hay nada que perdonar, Forrester. Lamento tener que matar, si tengo suerte. Eso no va conmigo. Pero no me deja otra alternativa.

—Es que no la hay. Matar o morir. Es ley de este juego...

Hubo un tenso silencio. Frank Cole adelantó un pie seguro, decidido, hacia un cuadro. Su cuerpo se . puso en movimiento. Con el rabillo del ojo, captó un estremecimiento casi imperceptible, en el cuerpo de negras ropas. Los ojos inescrutables de Lukas Forrester revelaron algo, quizá alegría súbita, mal disimulada...

Cole rectificó su movimiento cuando ya estaba virtualmente en el aire, a punto de pisar aquel preciso cuadro. Saltó a otro cuadro. Fue imprevisible.

Pero Forrester emitió un grito ronco, se agitó con una convulsión de impotencia y frustración. La agilidad increíble de Cole, el *budoka***,** fue su salvación cuando ya estaba perdido. Solamente un hombre de sus reflejos y de su cuerpo elástico, habituado a las más increíbles cabriolas en el aire, podía rectificar como lo hizo, dejando caer el peso de su cuerpo sobre otro cuadro diferente.

Algo chascó bajo el suelo. Y allá enfrente, se abrió en el cuadro donde permanecía en pie Forrester, una ranura ante sus brillantes botas orientales.

Una serie de dardos centelleantes brotaron del suelo, sibilantes. Se clavaron en su rostro, pecho, manos y brazos. Cualquiera de ellos, sin duda, era mortal. Pero el jugador había querido asegurar su fracaso con una rápida agonía.

Cuando cayó sobre el gran tablero, ya estaba muerto.

La partida de ajedrez había terminado para siempre.

Frank Cole respiró hondo, con el rostro bañado en sudor. Miró hacia Lena Tiger, cuyos ojos brillaban. Los silenciosos servidores comenzaron a desatarla, parsimoniosos, pero solemnes.

Y Frank Cole supo que el hombre muerto, el rey derrotado, abatido sobre el gran tablero de ajedrez que fue su obsesión, hacía cumplir su palabra incluso después de morir.

Ahora, les esperaba el regreso. El fin de la aventura.

El fin de una partida de ajedrez trágica e insólita, en el último rincón del mundo, ante un hombre que hizo del odio y del juego de las piezas blancas y negras el único objetivo de su existencia.

F I N